

TRADUCCIÓN

## CUENTOS DE UN MINUTO

LOS CUENTOS DE UN MINUTO aparecieron a partir de 1980 en el *Vespertino de Pekín* —un diario popular de gran tiraje— a razón de tres o cuatro por semana. Estas crónicas de la vida urbana, obra tanto de profesionales como de autores esporádicos, descubren un panorama sobre China que sería vano buscar en los periódicos o en testimonios turísticos.

Lejos de ceñirse a la “actualidad”, estas pequeñas fábulas casi siempre morales actualizan la literatura popular y sincronizan las diversas reacciones de un pueblo en un momento de cambio. La actualización se efectúa mediante una feliz combinación de jerga pekinesa y lenguaje literario, que rompe la carcaza de las fórmulas dogmáticas hasta ayer erigidas en modelo de arte.

En China ya se habla de un género “Cuentos de un minuto”, los mejores en este género no son siempre los autores conocidos, pues un buen cuento requiere de un dinamismo que a un novelista, por ejemplo, le exigiría un nuevo aprendizaje.

Surgidos al amparo de la “Política de Reforma y Apertura” posmaoísta, los *Cuentos de un minuto* descubren nuevos personajes hasta ahora desconocidos en la fauna de los países socialistas. Aparte del burócrata de rigor y de la crítica a los servicios públicos o a los privilegios políticos, aparecen las figuras del vividor, de la chica a la moda, del autodidacta, del escritor frustrado, del reprimido sexual, etc., que son menos “exóticos”. En la temática de cada historia pueden adivinarse los conflictos, las resistencias y las expectativas que cristalizan inevitablemente en un proceso de cambio. Después de haber descubierto el “vasto mundo”, los chinos comienzan a percibir —no sin cierta inquietud— la metamorfosis de su

mundo inmediato y familiar. En el instante del cambio, ese acontecer, por supuesto, evoca el pasado y trae a la memoria algunos de los comportamientos y de las experiencias traumáticas anteriores. En ese sentido, crónicas tales como las “Misceláneas de la ‘Revocul’” pertenecen también a la actualidad. Más tradicionalmente, este tipo de historias tiene un papel de vehículo y de sopapa. En una sociedad en la que todos los medios de expresión están controlados, donde las primeras planas abundan en índices de producción cada vez más elevados y en la que el discurso oficial encuadra pero ya no moviliza a una población cansada de vaivenes, la ironía, que muestra y escamotea el problema en un mismo gesto, lo transforma en algo socialmente eficaz y políticamente aceptable.

Mi objetivo consiste en traducir al español unas cuarenta de estas historias, para formar un álbum con fotos de Marc-Jean Charles, fotógrafo de la Agencia Rapho (de París), quien durante dos estadias recientes en China pudo fotografiar Pekín a lo largo y a lo ancho, en su superficie y en su vida subterránea.

Por el momento, hay doce cuentos traducidos, que bien pueden darle una idea de conjunto sobre este género de “Cuentos de un minuto” a quien quiera sumarse a la tarea de colmar la enorme brecha que existe entre la literatura china —enfocada desde ángulos originales— y los lectores de lengua española.

JORGE P. SVARTZMAN

## Un chofer y dos vendedores de boletos

“El oidor”

AL MEDIODÍA, EN LA TERMINAL DE HEPING LI del trolebús 104, se forma una argamasa de pasajeros. En grupitos de dos o tres cada cual departe sobre su tema favorito.

Dos mujeres, una alta y otra baja, con cara de cuadros o algo así, peroran animadamente. La baja dice:

“Tu casa, tan lejos, ¡y tú regresas al mediodía! ¿No temes la fatiga?”

La grande responde:

“No me ahorro penas, con tal de ahorrar un poco de dinero.”

“¡Así es! La comida de la fonda es muy cara y a mí no me alcanzaría el sueldo.”

Mientras hablan, un trolebús con remolque arranca y las conversaciones cesan de inmediato. Algunas personas se transforman en robustos atletas, listos para lanzarse como flechas al asalto del “remolcador”. De pronto, dos gráciles vendedoras de boletos se asoman por la ventanilla y aúllan: “¡Directo hasta Kuang Jie!” Súbitamente, las flechas parecen estrellarse contra un muro y se apartan.

El “remolcador” se vuelve un “reservado” para los dos únicos pasajeros que quedamos: un desconocido jovencito y yo. Tengo al mismo tiempo una sensación de satisfacción y de inquietud, algo difícil de definir.

“Hoy sólo llevamos dos pasajeros, ¡no hay de qué quejarse!”

“¡Esto se llama confort!”

“¡Ja, ja, ja!”, las dos muchachas arrodilladas en una fila doble de asientos se tuercen de risa abrazándose y juntando sus cabezas.

¡Zum!. . . El trole avanza briosamente, olvidando en la calzada a los pasajeros. Y los pasajeros olvidados reaccionan como si hubieran sufrido un ultraje personal; se irritan, se les inflaman los ojos, hacen un gesto amenazador con los puños o echan denuestos hacia el parachoques trasero del vehículo.

Tal vez porque las llamas de la cólera alcanzaron al viejo Meng o porque la impaciencia de los pasajeros terminó por conmovirlo, lo cierto es que el chofer ya no puede alejar de sí la simpatía, los remordimientos ni la culpabilidad. A cada parada que deja atrás, el corazón se le encoge un poco.

Inesperadamente, los frenos se clavan en la parada del Templo de la Tierra y la voz del viejo Meng resuena:

“¡Abran las puertas! ¡Dejen subir!”

“¿Por qué paró aquí?” Las vendedoras reclinadas sobre la fila doble no se alteran.

¡Bum, bum, bum! Los pasajeros acometen contra las puertas como si fueran bombos y no tardan en llegar voces que interpelan y apremian. Las dos vendedoras no tienen más remedio que ir a abrir airadamente y profieren hacia adelante, con voz de quien regaña a un inferior:

“¡Viejo Meng, por esta vez vaya, pero no creas que podrás hacer siempre lo mismo!”

No obstante, llegando a Jiaodao kou, sin aviso y sin estrépito el trole vuelve a detenerse. Fuera de sí, las vendedoras claman:

“¡Viejo Meng, nos estás jugando una!”

“¡Viejo Meng: ya verás al bajar!”

“...”

El viejo Meng no se inmuta; sus ojos miran hacia adelante, sus manos asen el volante y como siempre se abre paso prestamente con su trepidante vehículo.

## Arcanos de la riqueza

Xing He

SI USTED QUIERE ENRIQUECERSE, embolsar una buena suma de dinero y pasar una vida próspera y sosegada, acuda sin tardanza al curso “Arcanos de la riqueza”, treinta yuanes por mes y por persona, sin cama ni comida.

Dando vueltas y preguntando, Xiao Jia dio al fin con el corredor con tres habitaciones en que se dictaban los cursos. Sobre rústicos pupitres, más de cien alumnos ponían todos sus ímpetus en escuchar al profesor. Éste era muy joven, apenas si alcanzaría la treintena; tipo perspicaz, que se había dejado crecer los cabellos. Y bien apuesto, lo cual acentuaba el sentimiento de confianza y admiración que imponía en el alumnado.

En el pizarrón, las palabras: “Psicología de la riqueza” estaban trazadas con mano inepta. El joven profesor (además de director de la escuela) tenía también buena verba, citaba a los clásicos y su caudal parecía inagotable. En el aula no se

oía zumbar una mosca; los alumnos escuchaban embelesados, mirándolo sin pestañear. Algunos hundían la cabeza en sus cuadernos, tomando apuntes a toda velocidad.

El corazón de Xiao Jia desbordó de regocijo: con un profesor así, no cabía duda de que acabaría por lograr una sólida formación. Los treinta yuanes no los habría arrojado por la ventana. Se felicitó por haber tomado tan excelente iniciativa sin haber oído a sus padres; de haberles obedecido, hubiese cometido un error garrafal y hubiera tenido de qué arrepentirse toda una vida.

Abría su libreta de apuntes y tomaba nota de todo. Los treinta yuanes no habrían sido en vano; si lograba obtener una formación sólida, la inversión sería de provecho.

Los días y las noches de un mes se sucedieron y terminaron los exámenes: ningún alumno se sacó menos de ochenta. El profesor estaba encantado y los felicitó por su aplicación. Los alumnos se sentían desorientados. Aparte de la psicología de la riqueza no habían aprendido nada. No cabía esperar hacerse rico con eso.

Discutieron acaloradamente y al final decidieron nombrar dos delegados para ir a parlamentar con la escuela, solicitando que se aclarasen algunas cuestiones.

La primera que se sometió a deliberación fue: ¿Cómo enriquecerse? Pero apenas planteada, el profesor comenzó a reír. Los alumnos se miraban extrañados, sin poder comprender por qué se reía tanto.

El profesor se contuvo, los miró a todos y dijo con desolación y pesadumbre en la voz:

“Ustedes parecen muy inteligentes como para ser estúpidos pero bastante estúpidos como para ser inteligentes. Hace un mes que les enseño, ¿y ustedes todavía no han comprendido de qué manera enriquecerse? ¿Acaso no han visto cómo me enriquezco yo? ¿Eh? ¡Habría que ser cabeza dura!”

Súbitamente interrumpió sus palabras y miró a uno por uno con aire de satisfacción.

Y todos pusieron en marcha su cerebro y empezaron a reflexionar. Y poco a poco sus rostros se fueron iluminando con una sonrisa que se convirtió en sonora carcajada. No; decididamente, los treinta yuanes no los habría echado al viento.

## ¡Pobres mis hijos queridos!

Zhang Jie

RECUERDO QUE UN DIARIO DE ALEMANIA FEDERAL, dando cuenta de mis actividades en ese país, escribía: “La señora Zhang Jie no tolera la más mínima ofensa hacia su patria.” Pero sucede que apenas piso mi país, paso a ser de nuevo una “pesada”.

Tras del Tercer Congreso Chino-Norteamericano de Escritores, volvía en tren por el lado de Hong Kong. Envuelta en ese acento sinuoso de finales eufónicas de los sureños, tenía la impresión de estar aún en la isla. Esto duró hasta que abrí la puerta del baño y ahí supe que estaba de regreso en mi querida patria.

No puede decirse que el lugar fuera muy sucio. La palabra “muy” es demasiado contundente; así vivimos los chinos y pronto ya ni siquiera notaría el contraste.

Un escritor que regresaba conmigo pidió un vaso en consignación, compró un saquito de té y esperó un largo rato que le trajeran el agua. Preguntó: “¿Qué pasa con el agua que no llega?” Le respondieron: “Así como entras a tu país, puedes apreciar la calidad de sus servicios”.

Todos rieron.

El funcionario de la frontera distribuía los formularios de declaración de aduana. El camarada que viajaba a mi lado venía muy cargado y no lograba tender la mano para recibir los papeles. “Deme otro”, le pedí, “para el camarada”.

Me respondió: “¿No te hemos dado dos?”

No comprendí. Esas dos hojas venían pegadas y aunque su contenido era idéntico diferían en un solo carácter, pues una era para entrar y la otra para salir del país. Tal trámite es común en cualquier aduana del mundo.

Absorta como estaba en llenar cuidadosamente las casillas para evitar cualquier tipo de problemas, olvidé que no era una turista y cometí un error de dogmatismo y amateurismo, reincidiendo: “Usted me ha dado uno solo”.

Me contestó con tono humillante: “¿Para qué quieres tantos? Utiliza el formulario de salida y basta.” Ciertamente ¿para

qué quería tantos? Esas hojas ordinarias son para llenar o tirar, no para comer. Y el hombre, con sus ojos de lince, supo de entrada que no éramos hongkongueses de visita al terruño y no consideraba necesario gastarse en palabras.

Todos volvieron a reír.

Si nosotros réimos es porque aprendimos a adoptar una actitud de resignada comprensión y de consentimiento hacia todas esas cosas. Puesto que amamos a nuestra patria, carecía de importancia que ésta a veces nos pusiera nerviosos o nos exasperara.

Un hombre de negocios hongkongués le relató a uno de mis ex discípulos la visita de un grupo de continentales que querían importar césped. El cliente no era muy exigente; apenas si ponía dos condiciones: una, que el césped estuviera verde durante todo el año; la otra, que no necesitara abono, riego ni tallado. El hombre de negocios contaba: “Les dije que lo compraran de plástico ¿dónde pues iban a encontrar un césped semejante?” Eso lo dijo con la intraducible melodía y el incomparable encanto del puro cantonés. Atragantada de risa, logré exclamar: “Y hubiera podido preguntarles: ¿dónde venden las patentes para los bizcochitos del paraíso?”

## Misceláneas de la “Revocul”\*

Xiao Qian

### I. *La tormenta se anuncia*

EN UN CIELO QUE PARECÍA DESPEJADO POR el soplo de los inmortales, el trueno reventaba a lo lejos. Aunque los árboles querían permanecer mansos, el viento los agitaba. ¡El enemigo estaba desbocado! ¡Su última irrupción se había producido en la acuarela de contratapa de la revista del Comité Central de la Liga de las Juventudes! Mi hijo decía que los rizos del pincel dejaban ver una inscripción: “¡Viva la corriente reac-

\* Abreviatura de Revolución Cultural.

cionaria!” Aunque yo girara la hoja en todos los sentidos, no lograba verificarlo. Y además: ¿cómo podrían los reaccionarios llamarse “reaccionarios” a sí mismos? Pero como mi niño insistía en que el asunto se había descubierto gracias a la minuciosa vigilancia de “un dirigente del Comité Central” y que no distinguir los caracteres era revelador de los sentimientos que se albergaban hacia “los dirigentes del Comité Central”, me apresuré a convenir con él diciéndole que sí, que ahora los veía.

Acto seguido, me enteré gracias a mi hijo de que nuevas consignas reaccionarias habían aparecido en las cajas de cerillas. Más aún, parecía que las bonitas “Loas a la bandera roja” se inspiraban en la melodía del “Himno del imperio Manchú”: quien volviera a cantarlas, sería tildado de monárquico.

Acto seguido, todas las novelas publicadas en 1958 empezaron a desplomarse como fichas de dominó: las había anti-partido, antisocialistas, antipueblo. . . los crímenes imputados diferían en su denominación, pero todos pertenecían a la nomenclatura de las plantas venenosas.

Una mañana, al llegar a la oficina, nos anunciaron: “Hoy no se trabaja; todos deben asistir a la proyección de la película ‘Febrero de primavera’.” En la puerta del cine alguien pasaba lista: ¡estaba prohibido ausentarse! Al terminar la función, hicimos una reunión por sección presidida por el secretario de la célula en persona. La pequeña Xu, de la Oficina de Asuntos del Personal, tomaba nota de todo. Y todos debíamos tomar la palabra, para pasar esa prueba de firmeza en la lucha antirrevisionista.

La película era una linda caminata por los arroyos y los puentes sureños; pero ahora ver una película agradable podía complicar la vida de cualquiera.

La vecina del cuarto oeste de mi patio discutía con su hija. En general, a las muchachas les gusta arreglarse. ¡Mas las cosas habían cambiado! Ahora era la vieja quien le había hecho un vestido a su hija para remplazar sus tres batas remendadas, y ésta lo rechazaba con horror, gritándole a su madre: “¡Yo quiero seguir el camino del valiente soldado Lei Feng y tú quieres precipitarme al abismo! ¿Soportarías que tu propia hija fuera un elemento revisionista?”

La anciana era una ama de casa, no un cuadro capaz de leer durante todo el día ¡y de la coyuntura internacional, así como del revisionismo que atormentaba a su hija, no entendía ni jota! Lo que ocurría era que cualquier vestido, cualquier objeto de cierta belleza —desde las antiguas caligrafías hasta las flores—, se habían convertido en emblemas del revisionismo.

Y China debía convertirse en el baluarte de la revolución mundial. ¿De qué manera? Convirtiendo a sus individuos en girasoles. La dificultad estribaba en que China es un matorral con arbustos de apretadas horquillas. Los pequeños adalides debían abrirse paso a machetazos y cortar todas esas ramas para que del suelo patrio sólo brotasen los tersos tallos de los girasoles.

## II. *Cursillos*

RECUERDO QUE EL CATACLISMO que se desencadenó en el año 66 tuvo en sus comienzos algo de fugaz e inaprensible. A la “Crítica de actores, autores y directores famosos” y de “Salarios, honorarios y honores elevados” sucedió la búsqueda de taras en obras y películas. Aquello era como las ráfagas de los grandes ciclones que azotan al Pacífico, desplazándose sobre la inmensidad marina. Como quiera que sea, la gente de mi especie se preparaba a recibir una zurra y andaba naturalmente con los ánimos tensos; pero los que tenían que zurrar, aunque ya se calentaban los puños, no era seguro que supieran contra quién ni contra qué dirigirlos.

En junio, en medio del desconcierto, se abrieron los cursillos de formación. No debíamos ser menos de setecientos participantes: cantantes de ópera, pintores, compositores. . . ¡Una verdadera congregación de hombres de talento! Todos los que debían estar, ahí estaban. Nos explicaban que éramos elementos de la Banda Negra y para poder criticarnos a nuestras espaldas, nos alejaban de las masas revolucionarias. Al principio, sin embargo, nos parecía estar en una colonia de vacaciones: sábanas limpias, comida pasable y cine por la no-

che. Aunque no nos permitieran franquear la puerta de salida, los fines de semana unos autobuses nos llevaban a la ciudad para reunirnos con nuestros parientes. Las reuniones de estudio por las mañanas y las tardes eran suaves como el céfiro y la llovizna; todo el mundo tenía que hacer esfuerzos para sacudirse las bacterias “reversionistas” que pudiera llevar encima. En las grandes asambleas, cuando el objeto reclamado por la vindicta pública era de talla, los vituperios de actores de menor cuantía caían como ráfagas de metralleta sobre algún cuadro de elevado rango. Pero la “Decisión de 16 puntos” del Comité Central era clara: había que rebatir sin batir; por eso nos sentíamos seguros.

Julio entrando, los cursillos experimentaron ciertas alteraciones. Un día, un gran dazibao se desenrolló desde el tercer piso: “¡Abajo el Gran Traidor Fulano!” Ahora bien: el fulano en cuestión era nada menos que el padre del autor de la pancarta; ambos asistían a los cursillos. Este “valeroso sacrificio de parientes ante el deber” no dejó de causar gran turbación. Pero lo que más asombro produjo fue que fulano, en lugar de mostrarse irritado, permaneciera a nuestro lado leyendo la proclama, aventándose calmamente con su abanico de varillas. Yo intentaba discernir los motivos de su actitud serena; primero: el hombre tal vez se sabía inocente de cuanto pudiera imputársele; segundo: tal vez comprendía que su hijo, demarcándose de él, podría pasar mejores días.

Acto seguido, los de afuera empezaron a llevarse a los de la Banda Negra. Un día vi a dos viejos cuadros comiendo con voracidad sus medias sandías y creí que estaban pasando un buen rato. Pero su acompañamiento me puso al tanto de sus recias dificultades: acababan de traerlos de vuelta del Palacio Obrero de los Deportes, donde les colgaron del cuello pesadas pancartas y los sometieron a un mitin de lucha arrastrándolos como a bestias de carga frente al estadio repleto.

Agosto entrando, todos los encantos del lugar se habían disipado. Nuestro Instituto también tuvo sus guardias rojos. Camino de la cantina, las celebridades eran aprehendidas y atacadas. Lo más conveniente era designarse a sí mismo. Todo el mundo aprendió a mejorar su suerte proclamando: “Yo soy de la Banda Negra”. Aun así, a la hora de comer nos

sentíamos abatidos y después de la cena ya nadie osaba salir a dar su paseo cotidiano por el patio central.

Acto seguido, las Entidades de Trabajo vinieron a buscar a sus elementos negros con sus propios vehículos. Antes de subir, solían propinarles la primera lección. Recuerdo que al actor que hace el papel de terrateniente en la película "La muchacha de cabellos blancos" le pusieron un bonete, le hicieron arrodillarse y le dejaron el rostro ensangrentado, pidiéndole cuentas por haber conducido al suicidio al padre de la muchacha, un campesino pobre. Fue algo por el estilo lo que le ocurrió a un militante clandestino que en otros tiempos había ocupado responsabilidades detrás de las líneas enemigas para poder infiltrarlas mejor y a quien atenaceaban justamente por los papeles que había tenido que asumir. ¡No se hacía ninguna distinción entre el personaje y la persona!

Yo ya empezaba a comprender que en ese movimiento era imposible separar el grano de la paja, lo negro de lo blanco, y que sus dirigentes podían obtener la sumisión de los cuerpos pero jamás alcanzarían a las almas, pues no sabían qué cosa era eso: un alma.

### III. *Mitin de lucha*

ERA UN VETERANO Y ENJUTO DRAMATURGO; un anciano sencillo cuyos únicos rasgos distintivos eran su arrugadísimo traje azul y su acento del Shandong. Sin embargo, en los años veinte, cuando yo era todavía una criatura, él ya anidaba en los ambientes literarios. Sus ideales revolucionarios le costaron muchos años de prisión. Créaselo retirado de larga data, pero dos años antes del "Acontecimiento-sin-par" escribió un drama histórico que levantó de inmediato grandes olas. El viejo afirmaba haber dado en la tecla. Quién hubiera supuesto que ahí se ocultaba la raíz de sus grandes desdichas.

En vísperas del movimiento, ya figuraba en las listas y —al igual que yo— había tenido que ser absuelto del rótulo de derechista. Desde el inicio se convirtió, evidentemente, en un blanco señalado; no se le omitió ningún mitin, por peque-

ño que fuera. Y como se trataba de mítines de lucha, había que colgarle una pancarta y conducirlo con los brazos hacia atrás, en la postura del “avión a chorro”. Las contusiones eran difíciles de evitar.

En aquel entonces, todo debía tener su estipendio (su índice de producción, en cierta forma) y el más horrible de los crímenes consistía en oponerse al Presidente. Luchar contra el anciano significaba pues exigirle que reconociera que el Mal Emperador de su obra aludía al Sol Rojo que ardía en millones de corazones populares. Mientras no se alcanzara tal meta, debía mantenerse el juramento de luchar hasta el fin.

El viejo era en general de fácil trato, pero sobre este asunto se mostró intratable y no estaba dispuesto a colaborar en nada.

La obra, en realidad, no tenía dobleces ni vericuetos y por mucho que al pie del estrado la multitud se desgañitara gritando: “¡Al enemigo que no se rinde se lo extermina!”, él seguía meneando incansablemente la cabeza. En cuanto a sus alegatos, hacía rato que habían sido cubiertos por un manto de consignas.

Por consiguiente, se le castigó ordenándole que limpiara los baños y prohibiéndole la salida de los fines de semana. A mí me trataron con la misma consideración, asignándome idénticos quehaceres y por eso pude verlo derramando pesadas lágrimas sobre los mingitorios que frotaba. Ante tal espectáculo, no me sentía muy a mis anchas pero tampoco me atrevía a pronunciar una palabra pues cualquier runrún podía ser interpretado como una tentativa de conspiración contrarrevolucionaria.

Así, las mareas siguieron llegando y retirándose.

Una mañana, mientras cumplía con su trabajo, oí que el viejo murmuraba tres “¡Sí!”, entre sus dientes. Por la tarde lo esperaba un nuevo mitin de combate. Dos cocineros con brazaletes rojos lo empuñaron ferréamente por sus raquíticos brazos y lo arrastraron como a un ladronzuelo hasta el auditorio. Una camarada y colega impartía como siempre las consignas con voz elevada y estridente. Un miembro de las masas revolucionarias que ostentaba un raro ardor en la lucha se levantó de su butaca para ir a gritarle en la cara al viejo, aporreándole de paso su débil osamenta.

Cuando los miembros de la Comisión Presidencial hubieron ocupado las butacas de su fila, se dio por comenzado el mitin de combate. Tras de la lectura de Citaciones del Presidente, el Responsable del Comité Revolucionario proclamó desde el proscenio las circunstancias del crimen imputado. Acto seguido, el combate comenzó.

Pregunta: (con aire de quien infunde terror) ¿Esta obra archirreaccionaria es tuya?

Respuesta: (con la cabeza gacha) Sí.

P.: ¿A quién pretende aludir ese Mal Emperador? ¡Responde!

(Y el sonido "responde" repiqueteó bajo el estrado.)

R.: Al Presidente Mao.

(La sala se convirtió en un tumulto seguido de una arremetida de consignas.)

P.: (con dificultad para no arrojar encima de su presa, y devorarla de un bocado) ¿Y por qué querías aludir?

R.: Quería apoderarme del Partido y del Poder.

Esta vez, el Responsable se sintió desubicado; todo iba más allá de sus cálculos; no contaba de ningún modo con un desenlace tan feliz y rotundo. Con cierto desconcierto, se volteó a cuchichear un momento con los de la Comisión Presidencial y al cabo ordenó: "¡Llévense a este huevo podrido!" Y la asamblea se dispersó con una impresión de jolgorio y extrañeza.

Al principio también yo estaba estupefacto: con esa osamenta y una obra de teatro, ¿cómo podría alguien apoderarse del Partido y del Poder? Repentinamente, me iluminé: el viejo era alguien con recursos, que merecía toda mi admiración y mi agradecimiento más profundo; acababa de idear una nueva manera de ser combatidos, dividida en tres folios: aceptar los cargos; reconocer luego que se apuntaba al Presidente y, al ser interrogado sobre los móviles, declarar: "Quería apoderarme del Partido y del Poder."

De esta manera, mucha gente —acosada por las tribunas— podría sin duda reducir sus penas. Y de paso, daría satisfacción a los mítines de lucha, dejándoles probar una vez más la incomparable grandeza de la fuerza de las masas.

#### IV. *El modelo*

EL JEFE DE LA COMPAÑÍA quería que la suya descollase en la brigada y para ello debía adiestrar a unos cuantos modelos. Los elegidos, claro está, debían ser revolucionarios consecuentes, sin mácula y con un curriculum familiar cuanto más sufrido, mejor. Si la compañía lograbá blandir un modelo así (que fuese, además, un héroe), la gloria recaería sobre todos.

Pero los ex combatientes de Corea tenían aptitudes bastante semejantes, lo cual hacía delicada la elección. Un error de apreciación podía provocar la indignación general y la picardía se convertiría en broma de mal gusto.

A poco de llegar, un camarada se arrancó una hilera de dientes y quedó empapado en sangre al intentar servirse de un motor diesel, pero ni aún así aceptó que lo socorrieran e insistió en proseguir su trabajo, manifestando egregiamente el espíritu revolucionario de los combatientes del 57. Si eso no era un modelo, nadie lo sería.

Pero a pesar de que había corrido sangre y de que nosotros debíamos gritar varias veces antes de empezar el trabajo: “¡No le temo al esfuerzo ni a la muerte!”, se trataba al fin y al cabo de un accidente y uno no podía crear un héroe accidental sin distorsionar el sentido de la consigna. El jefe de la compañía se pellizcaba y retorció de impaciencia.

Durante una de las sesiones de estudio cotidiano, un hombre sencillo de nuestra sección habló de su experiencia de trabajo. Antes, los intelectuales se dedicaban a quedarse sentados comiendo y tomando el té, dijo, y eran incapaces de distinguir las alubias del trigo. Pero ahora podía por fin comprender la causa de todos sus sinsabores. Antes, el olor a mierda le asqueaba, pero hoy él era el encargado de recogerla, y si pensaba que era abono que iría a los arrozales y a los campos para transformarse en comida, la encontraba aromática. Sus palabras eran de gran veracidad.

Durante la asamblea de la compañía, el jefe de sección no tuvo dificultad en referir el último párrafo a sus superiores. Los ojos del jefe de Compañía giraron varias veces en sus órbitas y —hombre ágil de espíritu— dijo: “¡Al fin! ¡Tenemos a nuestro modelo!”

Invitaron entonces a este veterano del 57 a hablar ante el pelotón, y luego a contar a toda la compañía su experiencia de colector de mierda. La parte de su transformación fue retocada minuciosamente, lo cual era bastante comprensible. Hablaba con gran sobriedad y era la encarnación misma de los cambios que el trabajo manual puede operar en el pensamiento y los sentimientos de un intelectual.

Si las cosas hubiesen terminado ahí, habría sido todo beneficio. Pero una presentación en la compañía no alcanzaba para convertirse en modelo de la escuela de cuadros. El jefe sopesó las cosas en todos sus órdenes, con la mira puesta en la asamblea general de cinco mil personas que componían la escuela. Para llegar a ella, había que pasar previamente por el discurso de brigada. El jefe suspiraba; decía: "¡Queremos poner un satélite en órbita!", y daba consejos al manso viejo para que se dedicase con alma y vida a la redacción de su discurso. Lo exoneró provisionalmente de sus trabajos en el campo para que pudiera pulir el texto tranquilamente. Había que darle colorido: "¡Tiene que tener fuerza expresiva!"

Las seis compañías que formaban la brigada se reunieron en el galpón; más de mil personas se apiñaban. Los focos formaron un círculo luminoso alrededor del manso viejo. Después que todos entonaron "El timonel nos guía en alta mar", empezó a hablar. A pesar de que era la tercera vez que lo oía, seguía prestándole atención. Además, por una deformación profesional, me interesaba saber cómo se las había arreglado para mejorar el texto.

El momento en que la hediondez de la mierda se transformaba en fragancia marcaba el punto culminante de su relato, y evidentemente era allí donde debían acentuarse los efectos. Toda su habilidad se puso de manifiesto. No defraudó al jefe: no sólo en el olor, que se volvió aromático; sino también en el color (dorado), supo hacer gala de cierta destreza. Uno ya no tenía la impresión de hallarse ante una porción de excremento humano, sino en un banquete de exquisitos manjares traídos de mares y montañas.

Al dispersarse la asamblea, tal vez por no estar ya bajo esos focos que iluminaban el galpón como si fuera pleno día, se disiparon algunos temores y tabúes. Mientras me interna-

ba en la noche, captaba los comentarios de las partidas de pocos individuos. Un discurso era algo, en principio, cargado de solemnidad; pero a lo largo del camino podría oírse el redoblar de las risas.

Cuando recordé que dos días después el viejo debía hacer su número ante una asamblea de cinco mil personas, me fue imposible evitar una sensación de desasosiego por este camarada que pronto se convertiría en modelo.

### Xiao Ji y su marido

#### Ao Youyu

AUNQUE FUERA UNA SOPA DE tallarines sin carne, quisiera que le hubiese preparado un tazón de algo; pero al entrar en el cuarto ¡je!, se lo encuentra de nuevo con un libro entre las manos; ¡a otro perro con ese hueso! Después de los exámenes tendrá que descansar; así piensa Xiao Ji, aunque sus palabras le salen al revés: “¡El señor no se toma por cualquiera!”

Hace un buen rato que no oye el ruido de las páginas y sólo le ve el rostro en la penumbra y el cabo de su ceño fruncido. Xiao Ji no logra explicarse si lo que siente es angustia o cólera. En la habitación reina el desorden y ella revuelve todo buscando su bolsa de malla para la verdura, que de pronto ve aparecer por debajo del trasero de su esposo. ¡Esto es vida, Señor! Le arrebató al vuelo el “canon” que tiene entre sus manos y amaga con arrojarlo.

“¡Tú. . .”, él está a punto de estallar pero al ver la mancha de grasa quemada sobre la aleta izquierda de su nariz, dice bromeando: “Bellecita, en la calle hoy deben mirarte más que de costumbre.”

Extraña cosa, la mente humana. la palabra “bellecita” calma a Xiao Ji.

Jamás hubiera supuesto que su ingreso a la Universidad de Adultos (y esto, gracias a que ella le había insistido tanto) fuera a posponer la compra de aparatos eléctricos del Año del

Buey al Año del Tigre\* y que en la mitad del Año del Tigre todavía no hubiese podido ver ese "espectáculo". ¡Qué tipo! ¡No cumple lo que promete! Es un mentiroso, por no hablar de las engañifas que le hace con las primas mensuales para poder echarse unos pocos libros más de electricidad; luego los escondía debajo del colchón hasta que un día, para su desdicha, hubo que darle vuelta. Y además, ha cambiado de carácter: cierta vez que ella le tiró unas hojas, él se atrevió a fulminarla con la mirada; y está exigente: en broma o en serio, le contó a su compañero de banco fulano de tal a quien la esposa le cuece sopa de ginseng para que pueda estudiar toda la noche. ¡Puf! Que te hago nabo y gracias.

Xiao Ji sale a comprar nabos y además una col para hacerse raviolitos.

"Ven aquí". Esta vez se decide a cerrar su "canon" y se pone de pie. Ella aprovecha para coger su bolsa de malla pero él la toma por los hombros y le enlaza la mirada.

"Desgraciado". Ni ella misma puede explicarse qué dentellada siente en el fondo de su corazón, qué malestar que no puede diferir.

Él no parece darse por aludido y se le acerca, cuco y liviano, tendiendo la mano hacia su rostro. Su esposa, por supuesto, no tiene ganas ni fuerza de apartar esa caricia. Pero aquello que se alberga en su corazón sigue produciéndole una desazón sin nombre y le asaltan ganas de llorar, aunque con lágrimas que no saben a amargura.

"Te comunico que tu suegra está enferma. Sabrás tú lo que tienes que hacer mañana. . .", dominando la situación, profiere ella con tono amenazante.

"A tus órdenes, a tus órdenes, pero. . ."

"¿Eh?"

"Tal vez el domingo. . ."

"¿Irás a la biblioteca? ¡Linda idea! ¿Un tragatintas de tu especie merece acaso pasárselas en la biblioteca?"

"No, iré a ver a la suegra", y su índice resbala por la aleta de su nariz y le expone su yema.

Tocándola, le saca algo y le da algo; ella lo abraza echan-

\* De 1985 a 1986.

do una mirada sobre el libro cerrado y comprende de pronto que aquello que le ardía en el corazón era una pizca de envidia. Y se siente satisfecha, vencedora, invadida por una desbordante ternura.

### El pozo del tesoro (fábula)

Zhao Danian

LAS HISTORIAS QUE SE CUENTAN sobre pozos del tesoro son cada vez más estafalarias.

“La aldea de los melocotones mágicos excavó un pozo del tesoro durante la repoblación forestal del norte; si pones un huevo, sacarás en el acto una gallina.”

“¿Y si pones huevos de patos salados?”

“¡Entonces podrás sacar patos salados!”

“¡Caray! ¿Y qué ocurriría si echaras un pollo vivo?”

“¡Pues empezarías a sacar pollos vivos! Uno tras otro; y otro y otro. . .”

“¡Caray! Ya estoy viendo que lo mejor sería poner un billete en el pozo.”

“Sí; y el billete más grande: ¡uno de diez yuanes: Los contarías más rápido que las cajeras de los bancos; en una hora, podrías sacar hasta diez mil yuanes.”

“¡Caray! En la aldea de los melocotones mágicos ya deben estar nadando en la abundancia.”

“¡No! Los cuadros de la aldea discutieron tres días y tres noches para decidir lo que al fin pondrían en el pozo. El alcalde —un hombre culto, con alguna noción de economía— dijo: ‘El aumento de la masa monetaria es una tarea que no nos corresponde y que puede ser plenamente asumida por las planchas del Banco del Pueblo; si hubiera dos casas emisoras de moneda, la inflación sería ineluctable, reinaría la confusión en los ámbitos crematísticos y sería perjudicial para el país. Puesto que nos llamamos aldea de los melocotones mágicos, ¡produzcámoslos en el pozo del tesoro!’”

La aldea construyó entonces una barraca en la que se turnaban día y noche diez muchachas trabajando. Eligieron un carozo de calidad superior y lo tiraron al pozo; rápidamente brotó un pequeño melocotonero enramado y frondoso, que daba frutos inmensos y de una blancura arrebolada. Las muchachas se ocupaban exclusivamente de la recolección y mientras más recolectaban, más había. Las canastas rebosantes llegaban al mercado sin interrupción, durante las cuatro estaciones; y el nombre de la aldea comenzó a resonar.

La marea de visitantes ya no habría de cesar: reporteros chinos y extranjeros, fotógrafos, científicos, novelistas, poetas, cuadros de la propaganda, inspectores, cobradores de impuestos, solícitos funcionarios; había por lo menos diez visitas cotidianas. Y todos probaban el fruto con gran amplitud de criterios, sirviéndose y llevándose melocotones con gran liberalidad. Se financiaron filmes y telefilmes de difusión que atrajeron a nuevos comensales a la mesa de la aldea; y asegurar el pozo contra robos costó un platal.

Aquel día, el director de la sección comercial fue con su hija boba y poco estudiosa a efectuar una visita de trabajo a la aldea. Todo el mundo se hallaba atareadísimo dándose empujones y arrebatándose los duraznos cuando la muchacha boba —que calzaba tacones altos— se dio un resbalón y se fue para delante. El director acudió precipitadamente a rescatarla pero desgraciadamente perdió también el equilibrio y fue a encontrarse con su hija al fondo del pozo. Que el árbol se hubiera roto era lo de menos; ¡lo importante era salvar al director! Pero cuando acudieron en su ayuda. . . ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!, sacaban a un director. . . ¡y en el pozo quedaba un director! Sacaban a una hija boba. . . ¡y en el pozo quedaba otra hija boba! ¡A la gente le iba aumentando el pánico a medida que sacaba! ¿Qué marido querría el día de mañana tantas muchachas bobas? ¿Qué organismo, ministerio, elenco teatral o estudio cinematográfico querría emplearlas? ¿Quién podría adjudicarles un departamento especial de tres o cuatro ambientes con living y cocina? ¡Ni siquiera tantos directores bastarían para arreglarles tantos problemas!

## Donación de libros

Zheng Feng

TRES AÑOS ATRÁS, leí que la editorial B había incluido en su programa de publicaciones una colección sobre “las 5 Cortesías y las 4 Urbanidades”: “Bienvenidos todos los manuscritos que alaben la civilización espiritual socialista.” Yo tenía un poco de fiebre y de tos pero así y todo me raspé las meninges sobre un texto de respetable tamaño; me encerré luego en mi cuarto y lo leí tres veces, hasta sentir que era más bonito que la tercera tía del Chanco; entonces lo cargué hasta el correo y se lo envié a la editorial.

El cielo ha de velar por mi suerte pues al cabo de tres meses mi obra ya había pasado por las tres inspecciones y recibí la siguiente carta: “Obra de leitmotiv original, de lenguaje vivo, acorde con nuestros objetivos; decisión favorable.”

Me puse tan contento que se me fueron los temores y hasta se me pasó la carraspera. ¡Iba a publicar un libro!

Después de haberme escaldado durante tantos años al fondo de la marmita, iba al fin a sacar un librejo. ¡De maravillas!

Las palomas mensajeras tuvieron trabajo: primero me llegó el manuscrito para que lo mandase a ilustrar a Shanghai y luego volví a enviárselo a la imprenta.

Mis sueños eran todos iguales: mi libro llegaba volando hasta mis manos, con olor a tinta fresca; un amigo venía a verme y yo ¡sac!, lo sacaba de un estante y se lo dedicaba: “A mi amigo y maestro, esperando sus valiosos comentarios.” ¡Qué distinción!

Lo que yo ignoraba, era que la portada todavía no había sido impresa y que el tiraje había sufrido una merma. Poco después leí que la editorial B acababa de publicar toda una serie de valiosos libros a la moda, de combates de caballeros, de rarezas locales y extranjeras y de asuntos del corazón. Peor aún: sumaban más de un millón de ejemplares.

Mi libro en cambio, tal vez por ser de tema honrado, no parecía exitoso. El cielo me guiñaba un ojo, pero el izquierdo. ¡Qué palo!

¡Aunque con el año nuevo, buenas nuevas! Para publicar mi libro, me pedían que comprase dos mil ejemplares, lo cual representaba el monto total de mis derechos. La razón aducida no dejó de conmoverme: era para asegurar la impresión, pues por tan pocos ejemplares ni valía la pena enchufar las máquinas.

Por este libro, ¡yo me jugaba! ¿Dos mil ejemplares? ¡Vengan!

“Sin embargo, me decía, deberé pensar en procurarme un triciclo de reparto para ir a vender mi ‘Cisne’ a los libros de la calle.”

Ese día, después de haber tomado unos tragos, comenté mi plan. Li Jianguo, nuestro jefe de sección, no estuvo de acuerdo y estirando su gaznate espetó:

“¿Escribir un libro sobre ‘las 5 Cortesías y las 4 Urbanidades’ y salir a venderlo por tu cuenta? ¡Eso no es digno, amigo! Lo único aceptable es que el día del niño vayas a la fiesta de tu escuela primaria y hagas una donación.”

Me quedé mirándolo, atontado durante un buen rato y casi me echo un sorbo de vino en las narices.

## Tigrecito

Luan Zhiqi

LA “INSTRUCCIÓN” EN LA CASA DE TIGRECITO era severa y minuciosa. Tan severa, que cada sentencia del padre retumbaba como un trueno; hasta su tos, e incluso un fruncimiento de cejas o un resuello, eran de una solemnidad insuperable. Y tan meticulosa, de tan largo alcance, que nada descuidaba y a todo dedicaba idéntica atención. Por ejemplo: para comer, para vestirse, para estar de pie, para sentarse y para tratar a la gente había reglas. Una regla para todo y todo en regla.

“Un niño debe respetar las reglas, ser cortés, saber reconocer lo bueno de lo malo, ocupar su lugar y tener recato. . .”; tales palabras colgaban siempre de la boca de su padre.

La infancia puede recoger la herencia de la educación. Y

Tigrecito, en efecto, no defraudó a su padre. Desde que tuvo uso de razón, nadie lo vio jamás actuar a tontas y a locas y en su hogar se lo podría haber tomado por un maniquí. Cuando llegaba un invitado, lo saludaba con alguna palabra cortés (nunca dos o tres), que parecía más bien un gorgoteo al fondo de su garganta y corría a refugiarse.

Si le hablaban se ruborizaba; se miraba la punta de los zapatos y significaba con balbuceos o meneando la cabeza su respuesta. El padre le había hincado en la memoria que: “un niño debe tener recato”.

“Mírenlo al Tigrecito”, solían decir los adultos; “¡cuando está de pie está de pie y cuando se sienta, está sentado! ¡Qué chico comedido! Tiene el porvenir asegurado.” El padre afirmaba: “Así deben ser los niños. Obedientes, para ganarse el amor de los demás.”

Los meses siguieron a los meses y los años a los años. . .

Y un buen día los adultos se percataron de que habían envejecido y de que los niños de ayer se habían hecho grandes. Ved a Tigrecito: ¡en algún momento había dejado de ser un chiquilín y se había convertido en un grandulón de envergadura, de más de veinte años! ¿No estaría bien hablar de nueras? ¡Si estaría bien, entonces hagámoslo!

Encontrarle partidos no fue dificultoso, pero hete aquí que algo fallaba por el lado de la “verba”: mientras las muchachas le hablaban, él parecía inmutable; si lo interrogaban, se ponía colorado como un tomate, bajaba la cabeza hasta casi el nivel de la entrepierna y no lograba articular una frase completa. “¡Qué clase de hombre y de marido es éste!”, decían las muchachas con desprecio; “¡Es una verdadera estaca! ¡Una momia!”, y se marchaban airadamente sacudiéndose las mangas.

Conoció así a cinco o seis muchachas y aunque la gente le aconsejaba cómo comportarse en sociedad, éstas no son cosas que se aprenden de la noche a la mañana. Cuanta muchacha lo veía, se lamentaba de la “momia”.

Viendo que todos los amigos de su edad formaban hogar y se establecían, los ancianos se sentían algo perplejos: “Cuando era pequeño, parecía tener el porvenir asegurado. ¡Ah! ¿Por qué se habrá quedado estancado?”

El padre se mostraba aún más abatido. “¡Más creces y menos porvenir parece tener! ¡Carajo!”

Sólo hay dos familias

Wang Meng

EN 1977 TUVE QUE IR A UN PEQUEÑO DISTRITO internado en el Xinjiang y me tocó vivir en un albergue del “Comité Revolucionario” local. En la habitación éramos tres: un jefe de oficina, un joven de la etnia xibai y yo. El jefe nos echó una rápida mirada y supo que el deber lo llamaba a erigirse en dirigente de la pieza; nos hablaba con tono escolar o admonitorio, cuando no terminante.

De los tres, el más locuaz era el gallardo mozuelo de la etnia xibai —robusto como cruza de férido con úrsido— quien no dejaba de alabarme la bravura, la magnificencia y la magnanimidad de los suyos: una libra y media de tallarines por comida, un cordero entre tres o una botella de licor de arroz por persona no eran desafíos para un xibai de cepa.

Pero cuando afirmó que cualquiera de los suyos podía segar y atar siete mus de trigo insinué alguna duda al respecto. Pues yo lograba a duras penas arrancar un mu por día. El retoño de xibai se agitó y alzó la voz: “¿No lo crees? ¡Pues te digo que entre los xibai las mujeres y los niños cosechan dos mus diarios; por menos que eso, no se los considera hombres!”

El bochorno y la incredulidad me sumieron en el mutismo; y empezaba a decirme que aún me quedaba un largo trecho por recorrer en la “Reeducación por el trabajo”, cuando el jefe de oficina, ceñudo y grave, inquirió:

“Los xibai, ¿comen carne de cerdo?”

El jovenzuelo alzó la vista y respondió con cierto estorbo: “Ss. . . sí.”

“Y si comen carne de cerdo, ¿por qué se hacen todavía los xibai?”, de un manotazo, el jefe barría los cimientos sobre los que reposaba la existencia de los xibai.

El retoño se marchitó y no quedó rastro de todo aquel

ardor que mostrara al hablarme. Yo también me sentí amilanado, sin saber qué decir de pertinente. ¿Le hablaría de algunos factores que concurrieron a la formación del pueblo xibai? ¿O bien de la propagación y la historia de las diversas naciones del Xinjiang? ¿O aun de las migraciones de este pueblo —de lengua y escritura manchú— a lo largo de la historia, desde las estepas del noroeste al desierto del Xianjiang?

Todas ésas eran cosas de intelectuales burgueses. . .

De regreso a Urumqi, le conté a un amigo especializado en el estudio de los turcomanos la clasificación teórica y práctica operada por el jefe de oficina. Mi amigo, sin poder contener la risa, exclamó: “¡Parece un milagro! Los miles y miles de pueblos de la Tierra, al fin y al cabo se repartirían en dos familias: los que comen carne de cerdo, y los que no.” Sus carcajadas le arrancaban lágrimas.

En efecto: que el variadísimo mundo pudiera dividirse en dos grandes familias a mí también me pareció un saber incomparable digno de la mayor admiración.

## El manuscrito de Xiyuan

Liu Shaotang

### I

A ORILLAS DEL LAGO DE LA UNIVERSIDAD DE XIYUAN, sobre los suaves collados de tierra amarilla, las hojas aciculadas de los pinares se agitaban bajo el viento estival como las aguas cantarinas de un barranco. Por toda la ladera se esparcían bosquecillos de acacias y rosaledas y en la falda venían a insertarse algunas moreras y violetas a las que el sol extraía su olor amargo y acre. En la cumbre, la aguja de una pagoda que se dejaba adivinar entre pinos vetustos, ensartaba varias nubes que caían reflejadas en las aguas. El arroyo que bajaba del manantial de jade traía el aroma arcilloso de los campos y serpenteando al pie de la montaña también iba a dar con sus aguas gorjeantes en el lago. En el islote al que se accedía por un puente de piedra había un templo del Dragón de las Aguas,

de tejas verdes y paredes rojas, irisado por un carrizal esmeralda.

Huang Jiaping corría y llamaba, irritada y nerviosa, por el camino asfaltado de la orilla.

“¡Pu Saifeng, Pu Saifeng!”

Se echó sus dos trencitas hacia atrás y de un brinco alcanzó la cima; la transpiración le pegaba la camisa de seda blanca al cuerpo. Su falda de abigarrados tonos revoloteaba al viento como una mariposa escabulléndose entre los bosques de acacias.

“¡Este condenado! ¡Aquí estaba!”

Bajo el pino de la pagoda, Pu Saifeng escribía sobre una mesa de piedra. Una pila de libros y una camiseta desteñida yacían en desorden por el suelo.

“Te llamaba, ¿no oías?” Huang Jiaping corrió hasta él y le dio una palmada rencorosa; un manchón azul cayó sobre el papel.

Pu Saifeng se levantó de un salto; el pálido rostro de ese joven macilento se fue encendiendo poco a poco. Huang Jiaping apretó los labios y le clavó sus oscurísimos ojos.

Pu Saifeng, resignándose, bajó la cabeza y desplomó de nuevo su trasero.

Huang Jiaping se agachó, recogió los libros y arrojándole la camiseta dijo:

“¡Vamos!”

“¿A dónde?”, preguntó Pu Saifeng sin esbozar un movimiento.

“Al curso de bailes colectivos de las 4.”

“Hoy estoy ocupado. Mañana, ¿bueno?”

“¡No!”

“Mañana iré, te lo prometo”, suplicó con voz sumisa Pu Saifeng, sabiéndose culpable.

“¡No, no y no!” Huang Jiaping pateaba indignada.

“Explícame. . . ¿Por qué tendremos que colectivizar también el baile?”, preguntó Pu Saifeng frunciendo su espeso ceño.

“Ese es el reglamento de las clases de vanguardia.” Huang Jiaping dio una palmada sobre la mesa.

“Yo me opuse desde un comienzo. . .”

“¡Pero ya todos hemos adoptado una resolución, y hay que aplicarla! ¿Cómo puede ser que un comunista no comprenda un principio tan elemental de la organización de grupos?”, preguntó Huang Jaiping inclinando la cabeza y separando las manos.

Pu Saifeng se quedó callado; pero de pronto tronó:

“¡Ustedes me han hecho una caricatura en el diario mural! ¡Me han tratado de momia, de rata de biblioteca!”

“Ah. . . ¿El diario mural? ¡Je!”, Huang Jiaping rió entre dientes. “Y ahora te quieren entregar a la ‘Gaceta Estudiantil’”, agregó.

“¿Por qué?”

“¡Pues porque no participas en las actividades colectivas! Tu tasa de asiduidad en el voluntariado social: 62.9%. En baile y canto: cero; y en las otras actividades: 31.45%. ¡Por tu culpa no figuramos en el cuadro de honor!”, concluyó Huang Jiaping de un tirón, como recitando.

Pu Saifeng se puso de pie sumamente irritado, pero le dio la espalda y fijó la mirada en el arroyo; por ahí abajo corría torrencioso, arrastrando una capa de hojas muertas que iba dejando en las orillas.

Al fin despegó los labios:

“¿Quién hizo los dibujos?”

“La sección de corresponsales de segundo año de Letras.”

“Es decir, una obra tuya y de Chen Feihuang.”

“¡Hay que fijarse en la crítica, no en los críticos!”, repuso secamente Huang Jiaping.

Pu Saifeng se volteó de pronto y preguntó con desdén:

“¿Habrán ilustraciones?”

“¡Qué tipo! ¡Tratar de explicarte algo es como tocarle el laúd a un buey!”, y apretando sus mandíbulas Huang Jiaping giró sus talones y se largó por entre los senderos de acacias y rosaledas.

Pu Saifeng volvió a sentarse; pero la cabeza le zumbaba. Se apaciguó, hizo un bollo con la hoja manchada, la cambió por otra y se puso a escribir.

Huang Jiaping llegó resollante a la orilla del lago, volvió

a dar media vuelta y escaló corriendo la colina hasta el pino de Pu Saifeng.

“¡Ven conmigo!”, ordenó, aunque su actitud ya era más blanda.

“¡No voy!”, Pu Saifeng ni siquiera se dignó a mirarla.

“¡Te ruego que vengas hoy, nada más, por cortesía! No dejare que Chen Feihuang entregue esa crítica a la ‘Gaceta Estudiantil’”, suplicó a su vez Huang Jiaping.

Pu Saifeng se irritó:

“¡He dicho que no voy!”

“¡Por favor!”, los ojos de Huang Jiaping se habían vuelto cristalinos y su voz temblaba. Le levantó la cabeza a Pu Saifeng: “¡Sólo hoy!”

Él se puso de pie y soltó en voz baja:

“Bueno, voy”.

Huang Jiaping recogió los libros; Pu Saifeng se echó la camiseta sobre un hombro y empezó a seguirla en silencio.

Se detuvieron al pie de la pagoda, desde donde se abarcaba toda la universidad, con cada uno de sus edificios, sus llanos paseos arbolados y su incesante marea de gente.

En el bosque cercano, se oyó sonar un acordeón.

“Las nubes ondulan

en un paraje remoto. . .”, y una voz de tenor lo siguió de cerca.

“¿Oyes? ¡Chen Feihuang canta y toca el acordeón!”

Huang Jiaping escuchaba silenciosa y admirativa: “¡Qué bien toca! ¡Y canta con sentimiento! Lástima que sea un poco artificial y forzado. ¡Ey! Vamos, hoy tendremos acompañamiento de acordeón ¡y el vals seguro que te cambiará de estado de ánimo!”, concluyó Huang Jiaping con algazara, asiendo a Pu Saifeng por la mano y pronta a lanzarse con él a la carrera.

“¡No voy!”, Pu Saifeng se zafó.

“¡Tú. . !”, Huang Jiaping aflojó su otra mano, dejó caer los libros y diciendo: “¡Vete al demonio!”, se enjugó una lágrima y se largó.

El sol se fue reclinando y se llevó consigo la luz y el calor de las avenidas arboladas. Pu Saifeng se distendió, dejó su lapicera y marchó hacia la orilla del lago.

Le llegó un roce desde la rosaleda que dejaba atrás; se dio vuelta y encontró a Huang Jiaping, parada con expresión contrita; fue hacia ella.

“¿Has terminado?”, preguntó Huang Jiaping con voz menuda.

“Sí”; Pu Saifeng apartó rápidamente su mirada de los ojos apasionados de la muchacha.

“Ponte la camiseta, ha refrescado.”

Pu Saifeng obedeció, quedo.

“Sentémonos allí”, dijo ella señalando los bancos de piedra al pie de la pagoda.

Pu Saifeng accedió.

Huang Jiaping se sentó sobre su pañuelo desplegado.

“¿Qué estás escribiendo?”, preguntó.

“Un ensayo”, respondió él, arrancando una violeta.

“¿El mismo que empezaste la primavera pasada?”

“El esbozo lo terminé en marzo y se lo di al profesor Xiao para que me diera su opinión. Hace un momento me vino a ver su secretario y me dio una cita para mañana por la noche. Ahora estoy ocupado en completar algunos detalles con ideas de estos últimos dos meses.”

“El profesor Xiao ni siquiera los sábados deja de preocuparse por nosotros”, dijo Huang Jiaping emocionada.

Pu Saifeng iba a decir algo, pero se tragó las palabras. Arrancó una violeta y la deshojó pétalo a pétalo.

“¿Te escribió tu novia esta semana?”; Huang Jiaping, bruscamente, arrojó esta pregunta.

Pu Saifeng la miró y la hizo toser con embarazo. Respondió serenamente:

“Nuestros amores son más formales que los de la literatura actual: dos cartas y una visita por mes, una hoja por carta, dos horas por visita. Y eso es todo.”

“¿Por qué no salen más a menudo?”

“Ella no quiere.”

“¿Por qué? ¿Las cosas no van bien entre ustedes?”, preguntó Huang Jiaping con expresión tensa.

“No es eso”, Pu Saifeng sacudió la cabeza. “Ella es secretaria de la Liga de la Juventud de su facultad y los domingos,

cuando no tiene asamblea, tiene reuniones con su círculo o con los estudiantes; si se ocupara mucho de su novio, la criticarían por alejarse de las masas.”

“¡Exageran!”, exclamó Huang Jiaping tomando partido.

“¡No se nos parecen!”, murmuró Pu Saifeng.

Volvieron a quedarse callados. El frote de las hojas de pino era metálico y repiqueteaba el arroyo al pie de la colina.

“Tú le tienes un poco de miedo ¿verdad?”, preguntó Huang Jiaping armándose de coraje.

“Ella es implacable, pero yo sé hacerle frente”; Pu Saifeng tuvo un sonrojo, pero de inmediato volvió a sumirse en sus cavilaciones. “Fue ella quien me presentó al Partido; es más madura y serena que yo, aunque tiene mucho ardor político; o tal vez a mí me falta. Ella me reprocha mi manera de hablar como un libro y dice que soy más aburrido que mascar bagazo de caña.”

Huang Jiaping no quiso preguntar más y su voz oprimida atinó aún a decir:

“¡Eres un tipo imprevisible! ¡Tienes algo misterioso!”

“¿Misterioso?”; una sonrisa perpleja atravesó el rostro de Pu Saifeng.

“A pesar de que somos de la misma edad, tú pareces mucho mayor que yo.”

“Oh, yo no soy como tus amigas, que gustan de andar quitándose años”, bromeó Pu Saifeng.

“Quiero decir que tú comprendes y piensas más que yo. A tu lado me siento inconsistente”; la melancolía y el abatimiento ganaron a Huang Jiaping.

Pu Saifeng ya no tenía ganas de seguir hablando y la ayudó a levantarse, diciendo:

“¡Es hora de comer!”

El sol poniente teñía de rojo el lago Xiyuan y daba un color cobrizo a la aguja de la pagoda; hasta el arroyo que corría al pie de la montaña parecía haberse silenciado.

Huang Jiaping recogió los libros de Pu Saifeng, pero éste se los pidió al pasar frente a los edificios de las aulas y se dio la vuelta en dirección al lago.

## II

EL PROFESOR XIAO YUMIN vivía a orillas del lago Xiyuan, en una casa de estilo antiguo: puerta laqueada de rojo, tabique verde y una fila de pinos enanos. En las tinajas del medio flotaban unas flores de loto; y unos bambúes enhiestos, seis macetones con adelfas bajo la larga galería de la habitación principal, un granado detrás del tabique y una vid en un rincón cabían además en este patio. Aparte de diez saltamontes que vibraban en sus jaulitas de bambú trenzado, nada venía a quebrantar la quietud que allí reinaba.

“Adelante, le esperaba hace media hora.”

El hombre, pequeño y ágil, salió a recibirlo por la cortina de bambú de su despacho; estaba en pantuflas y traía un adorable gatito moteado entre los brazos.

Pu Saifeng, temeroso, alcanzó a balbucear:

“El informe del rector Fang sobre la evolución del conjunto y las agrupaciones de vanguardia ha durado dos horas más de lo previsto; cuando partí, todavía no había terminado.”

“Cinco horas de informe ¡Qué exhaustividad!”

El profesor Xiao Yumin prendió el ventilador y le sirvió una taza de té de Longjing, mas al ver que Pu Saifeng permanecía de pie apoyó una mano sobre su hombro instándolo a sentarse.

Pu Saifeng recibió la taza pero la dejó entibiar en sus manos, sin probarla, y concentró su atención en un cuadro de tinta china de Xu Beihong.

“He leído su artículo.” El profesor Xiao Yumin apagó su cigarrillo y se aclaró la garganta con un sorbo de té. “Le ruego me disculpe por haberlo retenido tanto tiempo. Pero entre el trabajo administrativo, los cursos y las asambleas por esto y por aquello, ya no tiene uno tiempo para rascarse la cabeza”, y rió amargamente sacudiendo la suya.

“¡Oh, no es nada, no es nada!”, repitió Pu Saifeng posando su taza.

El profesor Xiao Yumin abrió un cajón, extrajo el artículo en cuestión, se caló sus desgastados lentes, lo hojeó y dijo despaciosamente:

“Está escrito con bastante fluidez, sin usos prevalentes y

trata algunos puntos de manera original y concisa; puede decirse que tiene criterios propios. . .” Hizo una pausa y volvió a repasar algunas hojas.

Pu Saifeng se mantenía tieso en su sitio, siguiendo con la mirada los dedos del profesor.

“Sin embargo, el título es un poco vasto”; el profesor Xiao Yumin dejó con delicadeza el ensayo sobre el brazo del sofá. “Usted lo llama: ‘De los riesgos antirrealistas del formulismo y el esquematismo’; yo titularía: ‘Algunos puntos de vista sobre los fenómenos de formulismo y esquematismo de la literatura contemporánea’; sería más concreto y adecuado.”

“Hay que designar las cosas a justo título y con el lenguaje apropiado”, citó el profesor encendiendo un nuevo cigarrillo; “Si un comercio tiene pocas existencias, nos parece tanto más vacío cuanto más ostentoso es el cartel de la entrada; claro que esto no lo digo por su artículo: en lo que a éste respecta, no se le ha deslizado ninguna ligereza; no obstante. . . más vale prevenir que curar.”

“¡Así es, así es!”

“Me preocupan sobremanera esos jóvenes que se creen consagrados por el primer éxito.” El profesor Xiao Yumin se emocionó y apagó el ventilador que ronroneaba. “Li Xifan y Lan Yu son sin duda dos nuevas vedettes del mundo de la crítica literaria, pero a mi parecer escriben mucho y leen poco; por ello creo que hay que escribir menos y leer más. Uno puede cesar de escribir pero no puede dejar de aprender; no hay que olvidar que para realizar un buen trabajo hacen falta buenas herramientas.”

“Así es, así es.”

Pu Saifeng, sentado en el sofá, se encontraba en un estado indescriptible: el cerebro le crepitaba como si le hubieran echado un haz de leña encendida, y sin pestañear observaba a este vicerredactor en jefe de “La Gaceta de Humanidades de Xiyuan”, a este miembro del Consejo de Redacción de “Crítica”, tomar una dimensión desconocida antes de volver a achicarse lentamente; su voz era extraña, distante y fría.

“Ehremburg decía con gran profundidad: ‘Se aprende a bailar de joven y a escribir de viejo.’ Yo creo que el formulismo y el esquematismo de las creaciones de hoy se deben ex-

elusivamente a la falta de conocimientos de los autores, que leen menos y escriben más de lo debido; o bien leen las obras de una sola escuela y cultivan un solo género. Los grandes autores clásicos de Europa descollaban en novela, poesía, teatro. . . pues no separaban lo que nació unido; Shakespeare no sólo era un gran dramaturgo, sino también un gran poeta, mientras que nuestros autores. . . ¡ahhh!”, el profesor Xiao Yumin suspiraba balanceando la cabeza.

Las ideas de Pu Saifeng se embrollaban caóticamente; en sus oídos sonaba aún esa lejanísima voz y sólo atinaba a repetir infatigablemente:

“¡Así es, así es!”

“Volviendo a su artículo, habrá que corregir algunos pasajes —yo ya se los he marcado— y luego enviarlo a ‘Crítica’ para ver qué pueden hacer con él. Me parece más apropiado que proponerlo a nuestra ‘Gaceta Estudiantil’ ¿No cree?” El profesor Xiao Yumin había concluido.

“Sí, sí”, articuló Pu Saifeng con los labios reseco mientras recogía el manuscrito. Se inclinó para saludar y partió a la carrera.

“¡Vuelva cuando guste!” El profesor Xiao Yumin se escurrió nuevamente por la cortina de su despacho.

Pu Saifeng estrujó el manuscrito hasta sentir que sus manos transpiraban y corrió hasta el farol de un rincón aislado; lo abrió: página uno, dos, tres. . . todas tachadas con tachuelas rojas y azules, admirativas o interrogativas, con las que sentía que le martillaban las sienas. Se repuso, apoyado contra el poste y recuperó la calma suficiente como para poder seguir andando por la orilla asfaltada.

Era una noche de cálida frescura, como todas las de principios de mayo y del estío. La claridad lunar velaba la visión del lago. De todas partes se abría paso un olor indefinible y en cada rincón se distinguía un susurro oscuro: acaso fuera el viento soplando entre las hojas, la agitación de los carrizos vueltos oriflamas o la voz de los enamorados en un claro del bosque.

Huang Jiaping usaba aún la camisa de seda blanca y la saya de la víspera pero había cambiado sus zapatos por un par de sandalias de color gamuza y se había tejido una trenza

mantenida por un broche mariposa; dócil a los imperativos consejos de Chen Feihuang, había aceptado ponerse una finísima capa de carmín sobre los labios. Chen Feihuang, por su parte, vestía una ropa más apropiada a la estación: un traje gris claro de corte occidental, cinturón blanco, calcetines blancos, sandalias blancas. Bajaban juntos de la pagoda de la cima.

“La mujer de Pu Saifeng es realmente glacial; por una pura casualidad, dos de sus cartas de amor cayeron en mis manos. ¡Qué profundidad de crítica! ¡Qué rigor expresivo! ¡Qué postura sutil! En pleno verano te hace castañetear los dientes. ¡Pobre letradito! Debe hallarse en dificultades. . .”, decía con desprecio Chen Feihuang, jalando por un brazo a Huang Jiaping.

“¿Acaso tú tienes toda tu inteligencia en la punta de la lengua?” Huang Jiaping frunció el ceño, formándose una protuberancia entre las cejas. “Pareciera que Pu Saifeng es tu enemigo y te muestras siempre sibilino y ensañado con él ¿por qué?”

“El que a hierro mata a hierro muere”, respondió Chen Feihuang sin convicción.

“¿Acaso él dijo algo que te pudiera ofender?”, levantó la voz Huang Jiaping.

“¡Cómo que no! Anduvo diciendo a mis espaldas que yo era un acalado hijo de millonarios.”

“¡Y veo que no se equivoca!”, articuló con cólera Huang Jiaping.

“¡Tú. . .”, Chen Feihuang estuvo a punto de estallar pero logró contenerse. “¡Ah! Ya veo. . . ese letradito tiene una mirada irresistible; con sus ojos grandes y melancólicos, parece el señorito de las obras de teatro.”

“¿Qué cuentas? ¡No te entiendo!. . .” Huang Jiaping arrancó su mano de la del otro y partió en otra dirección a la carrera.

Chen Feihuang extrajo un pañuelo perfumado con el que se secó las gotas de sudor que perlaban su nariz y con este pañuelo húmedo se abanicó un poco antes de girar sobre sus talones y echarse detrás de Huang Jiaping.

Ella se había sentado en uno de los bancos verdes de la orilla del lago y su mirada ausente caía entre los carrizos ver-

de oscuros bajo la luna opaca. Parecía sumida en penosos pensamientos.

Chen Feihuang se sentó silenciosamente a su lado, pero ella se levantó intempestivamente y hubiera vuelto a huir de no haberla Chen Feihuang retenido por la muñeca.

“¿Por qué te agarran esas cóleras? A mí me gustaría entenderme con él. ¿No quisieras hacer de mediadora?”

“Entonces, óyeme bien”; la voz de Huang Jiaping se volvió de pronto grave: “De ahora en adelante, serás menos parco en los elogios a la gente, estarás más atento a las cualidades de los otros, reconocerás los aspectos en que te superan y dejarás de ensalzarte demasiado.”

“Reconozco que en letras y artes, así como en historia de la literatura china, me deja atrás.” Chen Feihuang se inclinó descorazonado. “Estudio sin ningún interés en el Departamento de Lengua y Literatura.”

“¡Caramba! Parece que tienes escalofríos de fiebre: un rato de frío y un rato de calor”, rió a grandes dentelladas Huang Jiaping. “¿Acaso la semana pasada, después de que te alabara el profesor Wei, no dijiste que dedicarías todos tus esfuerzos al estudio de la historia de la literatura?”

“¡Pero yo no quería estudiar literatura!”, estalló finalmente Chen Feihuang.

“¡Ya lo sé! Tú querías ser director de cine y hasta llegaste a filmar una versión de ‘El Comisionado’ en la escuela que obtuvo críticas de alto nivel. ¿No es así?”, Huang Jiaping arrastraba la voz parodiando a Chen Feihuang.

“Pero ocurrió que ese año el Instituto de Cinematografía, no admitía nuevos alumnos. Por unas o por otras el destino se ha burlado de mí”, dijo Chen Feihuang, atragantado de indignación.

“¡La suerte ya está echada!”, dijo Huang Jiaping haciendo muecas con deleite.

“¡Y ya no se puede volver atrás!” Chen Feihuang hundió la cabeza entre sus rodillas, mesándose los cabellos.

Huang Jiaping rió con carraspera; lo empujó, encarnizándose con él y todavía riéndose exclamó:

“¡No te hagas el actor! Con ese aspecto pareces realmente el señorito de una obra de teatro.”

“¡Basta! Conformémonos con lo que tenemos, si así fue dispuesto.” Chen Feihuang se levantó y se despabiló: “¡A bailar! No sea que se nos quede seco el corazón, como al letradito Pu.”

A orillas del lago, el baile al aire libre estaba en su ápice: la orquesta la había emprendido con una música española y los haces de luces rojos, azules, amarillos, verdes y violetas reverberaban con la brisa estival formando un arco iris de innumerables listas. Las faldas revoloteaban, los pantalones y las camisas se agitaban y los zapatos taloneaban con un sonido argentino, levantando una fina polvareda.

Chen Feihuang y Huang Jiaping giraban y giraban. . .

Pu Saifeng, sin verlos, se encaminaba hacia el Templo del Dragón de las Aguas, iluminado en la isla.

“¡Pu Saifeng!”

Huang Jiaping apartó a Chen Feihuang y salió como una ráfaga a su encuentro.

“¿Qué tal la crítica del profesor Xiao sobre tu ensayo?”, preguntó en un sofoco Huang Jiaping, asiéndose a su manga.

“No comprendo; un literato de tanto prestigio, que hace siete años que no escribe nada ¿será por falta de lectura suficiente?”, preguntó Pu Saifeng.

“¡Cielos! ¿Qué te ocurre?” Huang Jiaping lo sacudió con fuerza.

“Pequeña Huang, vuelve al baile. Me siento saturado y confuso y no quisiera incomodarte con una cólera inútil”, y diciendo esto, se zafó suavemente de la mano de Huang Jiaping y partió solo.

Huang Jiaping se quedó parada en el camino asfaltado, reflexionó un instante y bruscamente cogió su pañuelo, se secó el carmín de los labios y partió detrás de Pu Saifeng.

### III

A LAS 12 DEL DOMINGO, Pu Saifeng volvía caminando de la Universidad de Dongshan; había ido a ver a su novia Yi Gelan, pero ésta lo había dejado plantado, a pesar de ser el do-

mingo fijado para sus encuentros mensuales. Él había llegado a las 10 en punto.

También regresaban de festejar el Día de la Liga en el Palacio de Verano los miembros de las juventudes comunistas; Chen Feihuang, con la cabeza erguida y el tórax inflado, cantaba y tocaba el acordeón:

“Las nubes ondulan  
en un paraje remoto. . .”

Y veintitantas gargantas le hacían eco:

“En un paraje remoto. . .”

La voz de Huang Jiaping era sonora y cristalina como las campanillas de la pagoda de la colina.

Pu Saifeng saludó a todos con un gesto de cabeza y se sumó a la fila; pero se limitó a seguirla sin despegar los labios.

De pronto, alguien le tocó un brazo: era Huang Jiaping, quien había retrocedido en la fila hasta quedar a su lado.

“¿Qué tal anda Yi Gelan?” Su expresión no era natural.

Pu Saifeng le tendió un papel arrugado que sacó de su bolsillo. Buscaron un sitio retirado.

“Saifeng:

Acabo de recibir un comunicado urgente del Comité Universitario de la Liga y debo asistir a una importante reunión. Traté de llamarte por teléfono varias veces pero me ha sido imposible dar contigo. Lamento haberte hecho venir en vano una vez más. No me guardes rencor. La reunión comienza dentro de 18 minutos; debo darme prisa. Lan.”

“¿Y por qué no la esperaste?”, preguntó Huang Jiaping. “Al mediodía debería volver a almorzar al comedor. . .”

“No lo hará”, dijo Pu Saifeng apesadumbrado. “Seguramente ya ha citado a varios condiscípulos en su casa para charlar de ideología y deben estar divirtiéndose allí. Suele ocurrir.”

“Entonces, ¡ve allí!”

“No quiero”, meneó la cabeza Pu Saifeng. “Su padre no me quiere y yo no lo quiero a él.”

“¿Por qué?”

Los altavoces difundían “La Marcha de los tanquistas”:  
a comer.

“No tiene interés ¡no hablemos más!”, Pu Saifeng agitó su mano.

Andaban lentamente, por el camino silencioso.

“Después de comer, ¿qué tal si vamos al Palacio de Verano?”, dijo Huang Jiaping.

“Si de ahí vuelves. . . ¿Para qué quieres regresar?”

“Te acompañaré a distraerte un rato.”

“No puedo”, dijo Pu Saifeng. “Tengo que cerrar las heridas que el profesor Xiao le ha hecho a mi manuscrito; quiero pasarlo en limpio, sin cambiar nada, y mandarlo a ‘Crítica’ para ver qué ocurre.”

“Tráelo al Palacio de Verano. Yo te lo copiaré, aunque mis caracteres no sean tan bonitos como los tuyos.”

“Eso no puede ser”, dijo Pu Saifeng avergonzado.

“No es nada”, repuso Huang Jiaping seriamente. “Este semestre tú me has llamado la atención. Me has hecho pensar en muchas cosas, sí, realmente en muchas cosas.”

Después del almuerzo, Chen Feihuang le había propuesto a Huang Jiaping que revisasen juntos la historia de la lengua china, pero Huang Jiaping rehusó la invitación y él la vio salir tomada del brazo de Pu Saifeng. Chen Feihuang escuchó, metió las manos en los bolsillos, pensó un instante y se encaminó hacia su dormitorio.

“¿En qué iremos?”, preguntó Pu Saifeng viendo la larguísima fila de la parada de autobús.

“¡Caminando!”

“¿No estás cansada?”

“¡Qué va!” Huang Jiaping lanzó una risita. “Cuando estaba en cuarto año de bachillerato quería estudiar geología y me entrenaba con marchas forzadas y alpinismo; después cambié las armas por los libros, pero mis pies siguen siendo a toda prueba”.

Avanzaban prestamente por la ruta del oeste del Palacio, que ya se había convertido en lindera de los sembrados. A lo lejos, las montañas azuladas y el Palacio Entre Nubes que se abría paso en el éter translúcido avivaban sus percepciones y su sensibilidad.

“Con Yi Gelan jamás hemos podido ir a divertirnos tan tranquilamente al Palacio de Verano”, dijo Pu Saifeng visiblemente emocionado.

“¿Y por qué no van cuando tienen su cita mensual?”

“En total son dos horas, que apenas alcanzan para esperar el autobús”, Pu Saifeng alzó los hombros y rió con amargura.

“¿Y durante las vacaciones de invierno?”

“¿Para qué ir al Palacio de Verano en pleno invierno? Y durante las vacaciones, ella está ocupada; el año pasado fue un curso de formación para los cuadros de la ciudad, hacer caminatas y acampar, reuniones de estudio de la Liga Universitaria. Este año, ‘bajan’ a estudiar a las fábricas.”

“Ustedes ya en el colegio secundario. . .”

“Ésas eran actividades clandestinas. Cuanto más se trate de amor, más habrá que esconderse para evitar las críticas del colegio. El verano en que nos recibimos, andábamos enfrascados en los libros preparando el ingreso a la universidad. Después de los exámenes, tocó el descanso de los cuadros y su padre se la llevó a la playa de Bei Dahe.”

“Extraños amores los de ustedes”, dijo Huang Jiaping fascinada. Y de pronto, fijando a Pu Saifeng con la mirada, le pidió: “Cuéntame la historia de tus amores con ella.”

“No es nada graciosa, ya te dije. Las escenas de amoríos formalistas y esquemáticos de nuestras obras literarias son más tiernas que lo que nosotros vivimos”, dijo Pu Saifeng riendo.

“El hogar más feliz tiene sus desdichas y cualquier historia de amor, su diferencia con las otras”, insistió Huang Jiaping con cierta entonación en la voz.

“Y tú no tardarás en ser la protagonista de una, creada por ti misma”, bromeó Pu Saifeng.

“¡No! Gracias al cielo, todavía no tengo tales dotes creadoras y menos aún ganas de hacerme actriz”, explicó Huang Jiaping. “Desde niña, me gusta oír historias de amor; la primera fue la amarga historia de mis padres. ¡Cuéntame!”

“¿Qué puede decirse?”; el candor de Huang Jiaping excitó su risa. “Nos conocimos en tercer año de secundaria; ella era secretaria general de nuestro círculo, presidenta del Cen-

tro de Estudiantes y secretaria general de la Liga. Yo me hallaba siempre bajo su tutela y muchas veces fui objeto de sus críticas, cuando no simple espécimen de cierto modelo ideológico cuyas características había que desentrañar. Luego fue mi garante para mi incorporación al Partido. . .”

“¡Y el amor! ¡Y el amor!”

“Nos fuimos acercando al fragor de los exámenes mensuales y semestrales; yo era mejor en humanidades y ella era excelente en ciencias; nos complementábamos como un ciego que acompaña a un cojo y sin querer nos fuimos trenzando en nuestra historia.”

“Te ha ayudado mucho ¿verdad?”

“Así es. Tengo por ella un amor pleno de reconocimiento”, el tono de Pu Saifeng se volvió grave. “No sólo en el plano político, sino también en lo económico me ha ayudado. . .”

“¡Ah!”

“Yo pude terminar el secundario gracias a una beca popular; mi padre es campesino y mi madre vive enferma y abrumada de ocupaciones; en casa no me hubieran podido ayudar nunca. Su padre, en cambio, es vicedirector de una Secretaría de la Industria y su madre, ingeniera textil. Viven a sus anchas y ella me dio a menudo dinero; yo guardaba una parte para enviarlo a mi familia; y gracias a ese dinero mi madre pudo sanarse bastante bien.” Pu Saifeng ya no quiso continuar.

“¡Ella es formidable!”, exclamó Huang Jiaping meditando en algo. Al cabo de un largo momento sus palabras irrumpieron: “La historia que me cuentas se parece mucho a la de mis padres.”

Pu Saifeng la miró asombrado.

“Mis padres se conocieron en la universidad. La familia de papá era muy pobre; vivía solo con su madre viuda, a la que atendía enviando artículos a diarios y revistas mientras realizaba sus estudios. Mamá era hija única de una familia que había abierto una gran tienda y ayudó en muchas ocasiones a papá. Antes de recibirse, desafió las órdenes de su padre y se casaron. Papá era dirigente estudiantil y lo expulsaron de la facultad. Siguió escribiendo cuentos en la buhardilla y

militando clandestinamente. Lo detuvieron cuando yo acababa de nacer y lo fusilaron en el Suburbio de la Lluvia y de las Flores, de Nankín. ¡Era miembro del Partido y mi madre nunca se había enterado! Ella era floja para el combate, no hizo nunca la peregrinación a Yenán, pero amaba a mi padre con toda su alma y ya no volvió a casarse. Recibió a su suegra del campo y mantuvo tres bocas trabajando de maestra, empleada y profesora.”

“Sigue, te escucho”, Pu Saifeng había sido ganado por el interés de la historia.

“¡Espera, que mi corazón esté menos agitado!”, rió avergonzada Huang Jiaping; de sus pestañas colgaban dos lágrimas cristalinas. “Fue requerida por muchísimos hombres, pero ella rechazó a todos. Ha conservado todos los recuerdos de mi padre, su diario, dos antologías de cuentos y una novela inconclusa. Mis primeras lecturas fueron esos cuentos, que mi madre me indicaba. Papá prometía mucho, pero desgraciadamente el verdugo segó su vida. Desde que tengo 10 años mamá me ha contado siempre su historia, a la luz del farol en primavera, tomando fresco en verano, mirando la luna a través de la ventana en otoño y junto a la estufilla en invierno; cada vez que llegaba al final nos abrazábamos y llorábamos tratando de sofocar los gritos, pero a veces la abuela se despertaba y teníamos que contener la voz para no afligir a la anciana. . . Ahora mamá es directora de un colegio, abuela murió el año pasado; quedamos nosotras dos. . .”

Sin decir más llegaron a la puerta del Palacio de Verano; Huang Jiaping se adelantó a comprar los boletos y entraron.

“Primero vamos a remar un poco ¿qué tal?”, propuso Huang Jiaping.

“Mejor terminemos antes la transcripción; si no, no remaré tranquilo”, repuso Pu Saifeng.

“Entonces busquemos un rincón sereno”, dijo Huang Jiaping, “pero mientras yo pongo manos a la obra, tú te pasearás un rato.”

“No, mejor nos repartimos el trabajo.”

“No me gustan los caracteres mezclados”, dijo Huang Jiaping echándose a correr con la carpeta; y dándose vuelta le gritó: “¡Te encuentro a las 5 frente al Toro de Bronce!”

Pu Saifeng no la persiguió, pero permaneció junto al Toro de Bronce las cuatro horas que faltaban para las 5.

A las 5 en punto, Huang Jiaping apareció a la carrera, vociferando: "¡Gran victoria! ¡Dos mil caracteres por hora, no está nada mal!" Al llegar junto a Pu Saifeng, le preguntó: "¿Dónde has estado todo este tiempo?"

"Aquí", dijo Pu Saifeng riendo con embarazo.

"¡Eres una verdadera rata de biblioteca!", suspiró Huang Jiaping. "Tengo mucho que decirte sobre la monotonía de tu vida; dentro de unos días prepararé un temario detallado y me gustaría tener una charla prolongada contigo."

Con una risita culpable, Pu Saifeng preguntó:

"¿Qué te pareció mi cosa?"

"No quiero hablar de ello", dijo Huang Jiaping con suma gravedad, "pues por las cosas que uno quiere mucho, suele manifestar una predilección poco objetiva. A pesar de todo, te corregí algunos pasajes."

"¿Cuáles?"

"En realidad, retomé las expresiones del original." Huang Jiaping abrió el manuscrito y señaló: "Comparando el original con la versión corregida, esta última me pareció más sosa, con todos sus ángulos decantados."

Pu Saifeng se apartó del fulgor íntimo y acusador de su mirada.

"Tal vez sea la influencia de las palabras del profesor Xiao", dijo Huang Jiaping. "Pero la modestia no debe transformar a un hombre en pusilánime, conciliador y taimado ¿verdad?"

"Yo mismo no tengo las cosas muy claras", confesó con cierto hastío Pu Saifeng; "¿Has leído la carta al consejo de redacción?"

"Me gustó porque está escrita con serenidad y tacto."

"¡Gracias, pequeña Huang!", Pu Saifeng la apretó la mano emocionado. "Todo lo que tú haces por mí, ¿cómo podrá devolvértelo?"

"¡La mejor devolución será el éxito de tu artículo!"

Cerraron el sobre y lo echaron al buzón de la orilla del lago; el ruido de la puertecilla acompasó los dos violentos brincos que dieron al unísono sus corazones.

“Te deseo los mejores éxitos”, Huang Jiaping estrechó a Pu Saifeng como a una hermana mayor.

“Ven, te invito un jugo de naranja; quiero recompensarte”; Pu Saifeng se apartó de ella con extrema cortesía.

Pero al llegar al puesto de bebidas, Pu Saifeng se percató de que sólo traía treinta centavos; las botellas ya estaban destapadas, plantadas adelante suyo y su rostro se había puesto escarlata y sudoroso.

“Déjame pagar”, le apartó Huang Jiaping; “espera a tener tus derechos de autor y me lo restituirás con creces”, bromeó.

Luego Huang Jiaping lo invitó a mecerse en un bote y estuvieron juntos hasta la caída del sol, bajo un atardecer inmenso.

#### IV

PU SAIFENG LLEGÓ A LA CARRERA al pie de la pagoda y divisó a Huang Jiaping caminando lentamente junto a Chen Fei-huang por la orilla del lago; discutían acaloradamente y ella agitaba los brazos con vehemencia. Pu Saifeng trató de esquivarlos escabulléndose detrás de un bosquecillo de acacias.

Pero Huang Jiaping lo vio y gritó en su dirección:

“¡Pu Saifeng! ¿Me buscabas? ¡Espera!”

Pu Saifeng se sentó en una silla de piedra, pero la emoción y el contento no le permitían mantenerse en su sitio; iba y venía alrededor de la pagoda cuando llegó Huang Jiaping, lívida y jadeante.

“¡Pequeña Huang! La redacción de ‘Crítica’ me ha escrito. . .”, Pu Saifeng llegó a su encuentro en dos zancadas.

“¡Qué ser infecto!”, pronunció Huang Jiaping en un resuello.

“¿Qué. . .?”, Pu Saifeng quedó en suspenso.

“¿Todavía no lo has visto?”, le arrojó ella un periódico arrugado.

Lo desplegó; se trataba de un nuevo número de la “Gaceta Estudiantil” y en primera plana una zahiriente caricatura

con un comentario que rezaba: "Un hombre que se considera como una grulla entre gallinas", llevaba la firma de la "Sección de Corresponsales de segundo año de Letras".

La sangre se agolpó en su rostro y devolvió sin decir nada el periódico a Huang Jiaping.

"¡Chen Feihuang es un ser abyecto! La Sección de Corresponsales consta de cinco miembros; tres se opusieron a la publicación pero él, usurpando el nombre, dibujó esta caricatura odiosa e insoportable", Huang Jiaping se enfurecía a medida que hablaba y acabó por romper en pedazos el periódico.

"¡Basta ya!", Pu Saifeng agitó una mano. "Iré a hablar con el Comité del Partido. El círculo por un lado me critica por no participar en las actividades colectivas y por el otro me alienta a escribir en mis ratos libres; pero las actividades colectivas ocupan casi todos los ratos libres. Me cuesta comprender."

"¡Sí, ve a hablar con ellos!", lo alentó Huang Jiaping, "¿me buscabas por algo?"

"La redacción de 'Crítica' se apresta a publicar mi artículo; me dicen que sólo falta que un comité de redacción le dé algunos retoques", le informó Pu Saifeng, pero ya sin la misma alegría.

"¡Entonces, lo has logrado!" Las lágrimas se abultaron en las órbitas de Huang Jiaping y saltaron con ímpetu.

Mas al día siguiente, inesperadamente, Pu Saifeng recibió un billete del profesor Xiao Yumin citándolo a las 8 en su casa.

Esa noche, el profesor Xiao Yumin tomaba fresco en su patio agitando suavemente su abanico circular y bebiendo té a sorbitos, cuando llegó Pu Saifeng, retraído y temeroso.

"¡Profesor Xiao!", llamó con voz evanescente.

"¡Ah! ¡Tome asiento!", el profesor Xiao Yumin, sin levantarse, le señaló una silla de bejuco.

"Usted me ha mandado llamar. . ."

"La redacción de 'Crítica' me ha solicitado que corrija aquel artículo suyo. . ."

"¿Eh?", a Pu Saifeng le pareció que le asestaban un maza-zo en la cabeza.

“El artículo yo ya lo he leído”; Xiao Yumin jugueteaba con sus gafas. “Usted ya conoce mi opinión, así que no hace falta repetirla; y nos piden que nos apuremos para poder editarlo en el próximo número, así que... ¡manos a la obra!”

“Pero, profesor Xiao”, espetó Pu Saifeng de un solo aliento, “yo no estoy totalmente de acuerdo con sus opiniones.”

“¡Puede aceptárselas con sentido crítico!”; el profesor Xiao Yumin se levantó de su silla de bejuco con gesto vigoroso. “No obstante, recuerdo lo que un viejo letrado decía con simplicidad: ‘El que quiera conocimientos, que tenga humildad y respeto!’ No como muchos jovencitos de hoy, faltos de dones hasta un punto inquietante, que después de leer dos o tres libros de interés general sobre teoría del arte se lanzan a escribir a diestra y siniestra y además se ponen a insultar a los demás, con lo cual sólo logran crear el sentimiento de que su voluntad es inversamente proporcional a su talento. ¡Esto es sumamente peligroso, extremadamente temible!”

La angustia cubría de sudor la cabeza de Pu Saifeng, quien no atinaba más que a frotarse las manos.

“Ayer la ‘Gaceta Estudiantil’ te ha criticado en su primera página, ¿no es así?”, el rostro del profesor Xiao Yumin cobró de pronto la rigidez de una máscara. “Tú tienes un talento evidente, puede decirse incluso que excesivo, pero debes mantenerte alerta: ser literato no es ninguna profesión, ni ayer ni hoy, ni en China ni el extranjero. ¡Cuántos genios han sido destruidos en el camino!”

Pu Saifeng se retiró con paso cansino de la casa del profesor Xiao Yumin y fue a sentarse a la orilla del lago Xiyuan, junto a una piedra de forma extraña. Se apretó el cráneo con las manos; algo ahí dentro zumbaba y le creaba un dolor cada vez más intenso. ¡Cómo le hubiera gustado que en ese mismo momento apareciese Yi Gelan y que con su voz sería lo consolara, lo alentara, lo criticara, le reprendiera y le infundiera fuerzas!

Sin lugar a dudas, si quería ver escritos sus nombres y apellido en el siguiente número de “Crítica”, tenía que resignarse a proceder a una verdadera amputación del texto y a dar a luz un engendro. Y si luego la revista le reprochaba su

tono balbuceante, reticente e insípido, ¿qué le quedaría? Echó una rápida ojeada a las páginas del manuscrito y se dispuso a lacerarlo y a deshacerse de él en las aguas del lago.

“¡Te has vuelto loco!”, una mano dulce retuvo su muñeca.

Esa voz, ¡cuán parecida era a la de Yi Gelan! Pu Saifeng se volteó y la luna velada le ofreció un rostro en el que también creyó reconocerla. Pero Yi Gelan no sabía nada de sus penas presentes y quien ahora lo consolaba, lo alentaba, lo criticaba y le reprendía era Huang Jiaping, temblorosa y afligida.

Hablaron hasta la noche profunda, bajo una luna líquida e inmóviles estrellas; las luces de las residencias ya se habían apagado y sólo los esparcidos faroles del camino emitían una pálida luz; el Templo del Dragón de las Aguas y la pagoda se perfilaban turbiamente bajo la luna.

“Mañana pasaremos a la acción”, dijo Huang Jiaping con voz imbuida de confianza. “¡Enviaremos al Departamento de Propaganda del Comité Central tu manuscrito junto al marmarracho del profesor Xiao Yumin y una carta que exponga los hechos detalladamente y esperaremos a que el Comité decida!”

Pu Saifeng permaneció en silencio mirando la superficie del lago, con el manuscrito apretado entre sus manos; al cabo de un larguísimo momento irguió la cabeza con los ojos empañados de emocionadas lágrimas y profirió con voz baja y profunda:

“Pequeña Huang, después de Yi Gelan, tú eres mi mejor amiga!”

“¡Yo. . .!”, Huang Jiaping contuvo un gemido tapándose la boca con la mano y huyó a la carrera.

Al día siguiente, Huang Jiaping y Pu Saifeng comenzaron a trabajar al pie de la pagoda.

Pero ese mediodía, cuando se acercaba la hora del almuerzo, Yi Gelan platicaba y bromeaba con los alumnos de la Universidad de Dongshan a la espera de que el comedor abriera sus puertas. Yi Gelan era una muchacha sobria y ponderada; por sus atuendos podía inferirse la totalidad de su carácter: dos trenzas, ni cortas ni largas, caían sin adornos sobre sus espaldas; llevaba un crespón de seda blanco sin escote

y un pantalón de uniforme azul desteñido por los lavados; sus pies desnudos se enfundaban en unas alpargatas. Sus facciones reflejaban una belleza glacial y un rigor pleno de solitud; de cejas largas, bajo sus gafas blancas destellaban sus negríssimas pupilas. Sus labios morados solían permanecer cerrados, esbozando una pálida sonrisa. De hablar ni efusivo ni parco, gastaba no obstante algunas chanzas con sus condiscípulos, pero se trataba evidentemente de chanzas de relleno.

“¡Gelan! ¡Carta de Xiyuan!” gritó desde lejos con risilla estridente una condiscípula de baja estatura.

El rostro de Yi Gelan se tornó súbitamente rojo. Dejó la fila y se echó detrás de la pequeña muchacha que correteaba adelante. Tan sólo al llegar a la arboleda del campus pudo darle alcance y apoderarse de la carta. La abrió.

“... ”

Ésta es la deprecación de un ser desdichado en el amor, quien le ruega intente convencer a su amante no destruir la felicidad ajena y no aniquilar la suya propia.

Ellos se apartan cada vez más de las masas y todas las tardes puede vérselos charlar despreocupadamente bajo la pagoda, lo cual da mucho que hablar. Sobre la conducta de su amante, le adjunto un ejemplar de la ‘Gaceta Estudiantil’, que no requiere ningún otro tipo de explicación.

Su desconocido condiscípulo  
Chen Feihuang”

Yi Gelan ya no quiso comer. Como una loca subió a su habitación, se cambió las alpargatas por un par de zapatos de cuero seminuevos, volvió a leer apresuradamente la carta y la odiosa caricatura y de una alentada salió de la universidad y abordó el autobús. Parecía que sus talones la levantaban del suelo y ella misma no comprendía cómo podía haber perdido de ese modo la razón.

Pu Saifeng y Huang Jiaping, sentados en las sillas de piedra bajo el pino, estaban abocados a la redacción de la carta. Pu Saifeng arrojó su camisa sobre el césped y quedó en camiseta sin mangas; fruncía el ceño, pensando y repensando

con ardua dedicación, mientras Huang Jiaping, sosteniéndose las mandíbulas con una mano, mordisqueaba el lápiz y lo miraba fijamente.

“¡Incluyamos también un ejemplar de la ‘Gaceta!’”, resolvió al fin Pu Saifeng.

“¡Eso es!” Huang Jiaping, como quien se libera de una pesada carga, cerró el sobre y pegó una estampilla.

En ese momento, se produjo un roce entre las violetas y surgió la figura de Yi Gelan. Pero Pu Saifeng y Huang Jiaping no la advirtieron.

“¡Saifeng!”, llamó Yi Gelan con voz sumamente calma, reprimiendo el odio de su corazón.

Pu Saifeng levantó la cabeza, parpadeó varias veces, y con cara de espanto pronunció:

“¡Yi Gelan! ¡Tú aquí!”, y avanzó hacia ella a grandes pasos.

Yi Gelan lo apartó con frialdad y le dijo:

“Quisiera hablar contigo cinco minutos, ¿vienes?”

“¡Gelan! ¿Qué te ocurre?”, preguntó Pu Saifeng estupefacto.

“¡Vamos allá!”, dijo Yi Gelan indicando el arroyo al pie del montículo.

Allí volvió a preguntar Pu Saifeng, presa de una ansiedad cada vez mayor:

“¡Gelan! ¿Qué te ocurre?”

“No sabes cuánto lo lamento”, comenzó diciendo ella con voz lejana y ajena: “Nosotros no estudiamos en la misma universidad y puesto que tengo un trabajo agotador, no me queda mucho tiempo para verte y para salir a divertirnos; además, mis padres no te aprecian demasiado porque tu situación es muy distinta de la mía, de la nuestra. Comprendo lo que han de sufrir tus sentimientos y tu amor propio, y yo misma me he sentido afligida por todo esto pero ahora que he tomado una decisión, debo comunicártela: ¡lo nuestro se acabó!”

“¿Qué dices?”, a Pu Saifeng le pareció que un trueno le estallaba en la coronilla; cogió la mano de Yi Gelan, pero la mano estaba helada.

“¡No debes hacer eso!”, el tono particularmente severo

de Yi Gelan anonadó a Pu Saifeng. “¡Dije lo que tenía que decir!”, e irguió su cabeza, dio media vuelta y se marchó.

El cerebro de Pu Saifeng permaneció durante un instante literalmente vaciado y cuando volvió en sí, Yi Gelan ya había desaparecido. Precipitadamente se lanzó en su busca, pero ella había dado un rodeo y Pu Saifeng le dio alcance en la parada de autobús frente a la entrada de la Universidad.

“¡Gelan, explícate”, le imploró, devorado por la angustia.

“Tal vez sea cierto que no entiendes”, dijo Gelan fríamente. “Entonces te diré, como persona que te salió de garante para entrar al Partido, que espero que sometas tu conducta y tus actos a un examen profundo”, y apresuradamente se subió al autobús. Cuando Pu Saifeng levantó la vista, el vehículo ya se había puesto en marcha.

## V

PU SAIFENG SE SUMIÓ EN UNA ESPESA PESADILLA; escribió a Yi Gelan dos cartas y fue a buscarla en dos ocasiones, pero no logró encontrarla y no recibió la más mínima respuesta.

Yi Gelan, por su parte, en su calidad de garante de Pu Saifeng ante el Partido, escribió una carta apasionada y dolorida al Comité de la Universidad de Xiyuan pidiéndole que reforzara la educación de aquél a fin de evitar que se volviera insalvable.

No mucho tiempo después, el secretario general del Comité leyó un larguísimo informe de cuatro horas ante todos los miembros del Partido Comunista de la Universidad de Xiyuan, sobre el papel que éstos debían desempeñar en las actividades de grupos de vanguardia. En el informe, Pu Saifeng era citado como grave ejemplo de miembro del Partido que ostentaba un espíritu negativo, y si bien se criticaba igualmente el tipo de trabajo desligado de las masas del Consejo de Redacción de la “Gaceta Estudiantil” el análisis no iba al meollo del problema, limitándose a señalar en tono chapucero de las críticas emitidas en el artículo que ridiculizaba a Pu

Saifeng, pues contenía pasajes infundados y abundaba en insultos personales; pero lo que se desprendía del conjunto, era que la conducta de Pu Saifeng había ocasionado perjuicios a la reputación del Partido.

Según resolución del Comité Universitario, se urgió a Pu Saifeng a participar en los bailes y cantos colectivos. Chen Feihuang se burlaba a menudo de sus torpes pasos y de su desafinada voz, remedando sus poses y sus tonos, lo cual provocaba risas desaforadas que hacían retumbar la sala y convertían a Pu Saifeng en el pelele del grupo.

Pu Saifeng soportaba todo en silencio; sólo Huang Jiaping sabía con qué ansiedad esperaba la respuesta del Comité Central y durante los cantos y los bailes bajaba la vista para no tener que enfrentar la tragicómica y lamentable depresión de Pu Saifeng, pues temía echarse a llorar.

Huang Jiaping se había vuelto macilenta y le gustaba errar meditabunda y solitaria. Aborrecía a Chen Feihuang y había abandonado de un portazo el Consejo de Redacción de la "Gaceta". También había cortado toda relación con Pu Saifeng y escrito a Yi Gelan, pues estaba segura de que Pu Saifeng seguía amándola. Pero Yi Gelan no le respondió.

Un Pu Saifeng acorralado por la angustia trató de acercársele varias veces, pero ella lo esquivaba constantemente. En una ocasión, se encontraron casualmente en el Templo del Dragón de las Aguas y Pu Saifeng le cerró el paso y le suplicó que le explicara por qué ya no quería tratarlo. Anochecía y ya sonaba la marcha que anunciaba la apertura del comedor. Nadie andaba y nada se veía por la orilla del lago ni en la isla, pese a lo cual Huang Jiaping miró en derredor y dijo a toda prisa:

"Cuando Yi Gelan y tú se reconcilien y ella ya no me odie, podremos volver a ser amigos." Luego apretó los libros contra la cavidad de su pecho y huyó refrenando el llanto a punto de estallar.

A principios de julio, cuando todos estaban atareados en los últimos exámenes, Pu Saifeng recibió una carta urgente: la salud de su madre empeoraba y le pedían que volviese pronto a su hogar con un poco de dinero.

Pu Saifeng pidió tanto como pudo y al final sólo logró

reunir una decena de yuanes, apenas suficientes para pagarse el viaje y comprar pastelillos y frutas de regalo. Esa noche, devorado por la ansiedad, no pudo conciliar el sueño y fue incapaz de sentarse a repasar la única materia que le quedaba por rendir.

Un día, a la entrada de la universidad, se topó con Huang Jiaping y se vio obligado a intercambiar con ella algunas palabras evasivas. Le preguntó a dónde se dirigía y ella le contó que estaba yendo a la ciudad a comprarse una bata manchú; a Pu Saifeng se le ocurrió que podría pedirle algún dinero, pero desechó la idea de inmediato, al imaginar sus posibles consecuencias.

Y de pronto, sucedió algo completamente imprevisible: Yi Gelan le envió un giro de cien yuanes; la extraña escritura del sobre parecía trazada por una mano exánime y en su interior, aparte de la orden, no había ninguna nota explicativa; por muchos que pensara, Pu Saifeng no lograba comprender por cuáles medios Yi Gelan estaba al tanto de sus dificultades. Adelantó la fecha de su último examen, cobró la suma, escribió una larga carta de agradecimiento a Yi Gelan y partió precipitadamente hacia su tierra.

Mientras tanto, los condiscípulos estaban perplejos: Huang Jiaping, que en un primer momento había anunciado su participación en el viaje de descanso a las playas de Qingdao, súbitamente cambió de planes; Huang Jiaping, que había manifestado su intención de partir directamente en tren a casa de sus padres tras diez días de reposo en Qingdao, anunció que no se movería de la universidad; una tira de sus sandalias de color gamuza se rompió y ella, en lugar de cambiarla, la remendó.

Yi Gelan fue a efectuar su formación en la fábrica de automotores número 1, por lo cual no tuvo conocimiento de la carta de Pu Saifeng, ya que su correspondencia seguía llegando a su casa. Su padre, viendo la dirección de Xiyuan y el apellido Pu en el remitente, la abrió y la leyó. La cólera le arrancó gritos y alaridos y llegó a despotricar contra esa hija demasiado pródiga; sin embargo, no se le ocurrió pensar que Yi Gelan nunca le había pedido más de veinte yuanes, que le rendía siempre cuenta detallada de sus gastos y que

nunca le había ocultado las ayudas pecuniarias que pudo procurar a Pu Saifeng.

Recién diez días antes del reinicio de los cursos, Yi Gelan, de regreso, pudo leer la carta de Pu Saifeng; tuvo una buena pelea con su padre y pasó la noche entera llorando en su habitación, no sólo porque no había podido tender una mano a Pu Saifeng en dificultades, sino también porque, sin haberse enterado siquiera del asunto, recibía ahora inmotivados agradecimientos; todo ello parecía muy extraño.

Fue a buscarlo a Xiyuan, pero todavía no había regresado; tropezó, en cambio, con Huang Jiaping, y al verla comprendió todo y le mostró la carta de Cheng Feihuang. Pensó en ir a ver a Pu Saifeng a su aldea, pero la asamblea de delegados de la Liga de las Juventudes Comunistas de Pekín debía reunirse en esos días para discutir un problema de talla: el de las desviaciones subjetivistas, dogmáticas y burocráticas producidas en el trabajo de la Liga, así como de las exageraciones cometidas en la colectivización de la universidad.

Pu Saifeng recibió una carta urgente del consejo de redacción de "Crítica" anunciándole que, tras una discusión y algunos retoques, a su artículo le cabría el honor de ser publicado en esa revista. Otra carta, del Departamento de Propaganda, lo alentaba a hacer gala de coraje emitiendo sus puntos de vista teóricos, aunque le prevenía, con tono franco, que no debía dejarse roer por el virus del orgullo, pues por el momento era tan sólo alguien en quien se podía tener expectativas.

Llegó el otoño y todas las universidades comenzaron un nuevo ciclo.

La "Gaceta" de Xiyuan publicó un artículo del secretario general de la célula, examinando algunos errores del pasado; en él se evocaba la cuestión de Pu Saifeng; se decía que la publicación del artículo en su contra fue fundamentalmente errónea mas, equitativamente, se señalaban algunos defectos de los que Pu Saifeng, en tanto que comunista, debería carecer.

Al clausurarse la asamblea de la Liga, Yi Gelan, que había asistido en su calidad de subsecretaria de la célula de Donghsan, transmitió su espíritu a todos los afiliados de su universidad.

Demacrada por infinitas noches de lágrimas e insomnio: Yi Gelan, pasando por encima de su pesadumbre, resolvió escribir una larga carta a Pu Saifeng, hastiada de su propia y glacial intransigencia. Y en la carta le decía con toda sinceridad que, a pesar de saber que llevaría siempre consigo el dolor por todo lo ocurrido, comprendía que no era la persona más adecuada para compartir su amor. . .